Tomo XIV

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 14

San José, Costa Rica 1927 Sábado 9 de Abril

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El Presidente de la Unión Latino-Americana

a la Juventud universitaria y obrera de los Estados Unidos

Señor García Monge
Distinguido señor:

Un telegrama de Williamstown publicado aquí traía la noticia de que Mr. Rowe, hablando desde una de las más altas tribunas de Estados Unidos, sostuvo que el movimiento de ideas auspiciado por la U. L. A. *que presido, debía ser contrarrestado por las Universidades Norteamericanas. Esta declaración que no es, por cierto, la que corresponde a nuestra acción, me ha determinado a escribir el mensaje dirigido a la juventud universitaria estadounidense que acompaño a esta carta, pidiéndole quiera publicarlo en el* REPERTORIO AMERICANO.

Soy de usted s. a. y ss.,

ALFREDO PALACIOS

s/c. Calle Montevideo, 751.
Buenos Aires. Rep. Argentina.

JÓVENES de Estados Unidos: Me dirijo a vosotros para expresaros el pensamiento y las inquietudes de la juventud de América Latina y os pido que por amor a vuestro país y al porvenir de toda la America, acojáis mis palabras con afecto y las meditéis serenamente.

Ante todo, permitidme que desvanezca un prejuicio; se ha dicho entre vosotros, por un eminente universitario de vuestro país, el Dr. Rowe, que el movimiento iniciado por la institución que represento va en contra de Norte-América. Tal afirmación es inexacta y procede de un error, seguramente. Lo que se propone como fin, la Unión Latino-Americana, según indica su nombre, es promover la confederación de las Repúblicas de esta América, cuyo idioma y origen son comunes, para unificar su acción, defender sus intereses y realizar una obra constructiva que tenga por objetivo los ideales humanos. No creo que tales propósitos sean contrarios a vuestra nación, porque admitir eso implicaría atribuirle pretensiones inconfesables. La verdad es que nuestras aspiraciones pugnan con el interés de esa «oligarquía constitucional y capitalista» que se ha adueñado de los destinos de vuestro pueblo y lo dirige y gobierna en su propio beneficio, conculcando el derecho y la justicia para apoderarse, por violencia o por astucia, de nuestras repúblicas aisladas e indefensas. Contra tal oligarquía que persigue tan desembozadamente sus fines egoistas, sin importarle arriesgar la paz de America, se dirige necesariamente nuestra acción, porque tiende a salvar y redimir de su actual servidumbre esas democracias desvalidas que van rindiéndose al yugo de la tiranía plutocrática.

Pero, ¿es qué acaso, la juventud, el pueblo sano y consciente de Norte América se solidariza con los actos piratescos de sus gobernantes, que sólo benefician a una minoría, a la vez que desgarran y mancillan la gloriosa tradición libertadora de los Estados Unidos? ¿Acaso todo el pueblo norteamericano ha roto con su pasado, ha renegado de la memoria de Lincoln el generoso, sagrada a la humanidad? El ansia de libertad que revistió las palabras de vuestros próceres de un idealismo solemne cuyo acento resonaba halagador en el corazón de todos los esclavos de la tierra,—¿se habrá trocado, quizá, en un afán de dominio y de implacable tiranía, que proyecta su sombra sobre los pueblos, como la garra fatídica de un ave de rapiña gigantesca que pretende devorarlos?

Esa, es, ciertamente, la visión que va surgiendo de vuestra fuerte República, en el alma humana acongojada, que contempla con pavor transformarse en amenaza inminente, lo que fué una esperanza redentora.

Pero esa visión generada por los déspotas, por la voluntad inhumana e implacable de los sedientos del oro, que quisieran cobrar en carne viva el interés de sus capitales y transformar el género humano en una máquina vil de acuñar moneda, es imposible que corresponda a toda el pueblo de Norte America, a las masas que han forjado esa máquina imponente de poder en cuyo engranaje se hallan oprimidas y que absorbe lo mejor de su existencia: es imposible, también, que corresponda a la juventud, esa fuerza purificadora que lleva en sí la potencia germinativa por la cual se transforman las naciones y se renueva la humanidad.

No; yo sé que entre vosotros se ha planteado el mismo problema que ha surgido en nuestros pueblos: el de una generación cristalizada, de espíritu caduco, que detenta el poder y la riqueza, monopoliza las fuentes de la energía colectiva y las convierte en simple instrumento de su interés personal; y otra reciente generación, forjada al resplandor de la hoguera en que se inmoló a los pueblos, y que siente el peso de la conciencia de su propia responsabilidad.

Conocemos las ideas elevadas de esa moderna generación, y sus cálidas palabras, sus agrias imprecaciones, su crítica incisiva, han reconfortado nuestras almas, porque hemos sentido en ella palpitar el mismo anhelo de redención, de mejoramiento humano que nos acucia a nosotros; y hemos comprendido, entonces, que no se ha roto la tradición de los libertadores primitivos; y que esa Norte America imperialista cuyo ideal exclusivo es la conquista del dólar, sólo es la desviación, enceguecida y desatinada, del verdadero pueblo de Washington.

También se hallan sojuzgados, en general, nuestros pueblos por esa generación de mentalidad petrificada y de instintos egoístas que no conoce otro Dios que su bien material más inmediato; sólo que la oligarquía capitalista cuya voluntad impone la ley a vuestro pueblo es activa y dominante, proyecta en forma absorbente sus energías invasoras sobre las demás naciones, a las que pretende someter; mientras la nuestra es pasiva y se deja conquistar traficando con la vida, la libertad y la riqueza de sus propios compatriotas.

El podor mecánico de vuestro país es asombroso y desconcertante. Poseéis la mitad del total de «caballos de fuerza» de todo el mundo y más de la mitad del oro que poseen juntas todas las naciones. Sóis, además, los acreedores de todos los pueblos.

Vuestro capitalismo que tiene a su servicio la maquinaria del gobierno, es imperialista y marcha vertiginosa, agresiva, locamente, arrasando con todo, para ensanchar el mercado y explotar capitales, en gran parte a nuestros países que pierden su soberanía, convirtiéndose en colonias, envueltos en las redes de vuestra diplomacia financiera. Penetración económica e inter-

vención política marchan juntas. Así en Panamá, en Santo Domingo, Haití, Nicaragua, Cuba, simples protectorados. En Haití, donde vuestró gobierno dió el monopolio de las finanzas al National City Bank, se estableció la esclavitud temporal por vuestras fuerzas. Tenéis a la mano los informes del Cuerpo de Marinería de vuestro país.

¿Es esto, una fatalidad de la historia? Niego que el proceso humano sea sólo el movimiento ciego de las fuerzas económicas. El hombre actúa bajo la influencia del medio social, pero vive, también, por el espíritu, en el universo. Y vosotros, jóvenes que sentís la inquietud de los destinos humanos, que sois fuerza renovadora y os alienta un ideal, podeis transformar a vuestro país, deteniendo el proceso brutal de materialización que conduce a la ruina.

Por eso me dirijo fraternalmente a vosotros, sabiendo que han de escucharme corazones amigos. Aspiramos a romper la artificiosa muralla que nos separa y entablar a través del continente un diálogo cordial como entre hermanos de lucha que pugnan por los mismos ideales. Voy a hablaros, por tanto, francamente, libre de prevenciones y reservas, revelando plenamente nuestro pensamiento sobre las cuestiones que a todos nos afectan. Necesitamos reflexionar, meditar serenamente para elegir el sendero que debamos emprender. Atravesamos hoy una encrucijada de los destinos humanas en que a causa del derrumbamiento de los antiguos valores podemos escoger cualquiera ruta. ¿Seguiremos el camino trillado de nuestros padres, cuyo suelo está amasado en lodo y en sangre humana y que sabemos conduce a los grandes mataderos donde se inmola a la especie en aras del Moloch de la Victoria, del capitalismo despiadado? ¿O entraremos en la senda que conduce al corazón de la hnmanidad para cumplir los destinos superiores donde se unifica el interés y el ideal de todos los hombres?

Si nos sentimos capaces de asimilar las lecciones de la historia, las enseñanzas de la experiencia que nos muestran claramente el porvenir; no tenemos más remedio que volver las espaldas al pasado y a costa de nuestro esfuerzo, aún con nuestro propio sacrificio, abrir un camino nuevo a través de la selva enmarañada de bastardos intereses, para arribar a un sitio fecundo donde la tierra sea pura, al aire respirable y las aguas no estén emponzoñadas.

Repito que nuestro caso es en esencia idéntico al vuestro, aunque sea opuesto en la forma; porque los ejes humanos han realizado una virazón que empuja al hombre hacia tierras inexploradas, incitándole a seguir estrellas hasta ayer desconocidas. No es una sola nación sino la tierra entera, la que entra bajo la influencia de un nuevo signo portador de esperanzas luminosas para el alma fatigada de los hombres.

La generación caduca, conservativa y retrógrada en cuyas manos se encuentra todavía el destino de América, ha cumplido ya su ciclo y sólo puede estorbar la marcha hacia lo futuro. La característica esencial de los que forman esa generación, en todo el mundo, es la falta de sinceridad y de fe en el porvenir del hombre. Entre sus actos y sus palabras hay un abismo insalvable, irremediable contradicción de la cual en ciertos casos ni siquiera se dan cuenta, tan natural la suponen. Desconocen y desprecian las realidades humanas porque sólo se atienen a las cosas. El hombre es para ellos un ente desdeñable al lado de los productos que ha creado. Clasifican a la humanidad según la posesión de esos productos. Quien nada posee no cuenta. Mil veces más importante es un yacimiento mineral que un vigoroso plantel humano. La solidaridad no existe más que para defender o acrecentar los intereses de clase. Si no fuese indispensable elaborar los productos y fecundar la tierra, suprimirían de buen grado a toda la masa humana para abandonarse libremente a sus placeres. El capital para ellos, siempre es patriota y extranjeras las ideas. Pretenden amar la patria sobre todas las cosas, sobre entendiendo en ella su propio patrimonio, y la ponen por encima y aún aparte de toda la humanidad, no obstante manifestarse fieles creyentes del cristianismo cuya índole es esencialmente universalista. Les sustenta la contradicción en lugar de perturbarles. Lo único que les perturba es cualquier indicio humano que perciban en los productores de la riqueza. Los substituirían de buena gana por autómatas para desterrar en absoluto el peligro y la manía de pensar. Han puesto el fin de la vida en el disfrute pacífico y bestial de las riquezas acumuladas. Se han embriagado con el poder y estiman su único Dios al signo que lo produce. Para conquistarlo adoptan la máxima jesuítica de que el fin justifica todos los medios.

Así, en los países pobres encarcelan y destierran a sus adversarios tildándoles de enemigos de la patria y de las instituciones, mientras pisotean a éstas y entregan la nación al extrajero. Y en los ricos y potentes, como el vuestro, se erigen en defensores del derecho universal y los ideales patrios y en nombre de ambos someten a los pueblos desvalidos sujetándoles al yugo de sus propios intereses; y cubren de oprobio el nombre de su país, mancillándole con el estigma que merecen los pueblos desleales y opresores que proceden cual los malhechores públicos.

Vuestro actual Presidente Coolidge, es el ejemplo representativo de esto último. Quien quiera que haya leido su libro *El precio de la libertad* le habrá considerado un paladín de los derechos humanos, de la moral y de la justicia, y habrá admirado en él su clara visión de que el peligro real de los Estados Unidos, no consiste en el debilitamiento del poder, «sino en las intenciones que rijan el uso de un gran poder». Habrá observado, también que se da cuenta de que «a menos que los americanos no continuen viviendo en algo más grande que lo presente, *que no sean dirigidos por algo más que por las ventajas materiales...* perecerán, como han perecido otras naciones, a manos de un pueblo dotado de una gran fuerza moral». Lógico es, en consecuencia, que el lector de ese libro haya supuesto que tal hombre se hallaba destinado a realizar un cambio fundamental en el proceder político de Norte América, a convertirse en agente y campeón de la solidaridad continental. Mas he aquí, que ese apóstol ferviente de la moral, del derecho y la justicia humana, utiliza su cargo de Presidente de la nación más fuerte del mundo para ejecutar el acto más arbitrario e injusto que se pueda concebir, *movido por intereses materiales,* contra un pueblo indefenso de la América; hasta el punto de no hallar excusas valederas, ni siquiera ante sus mismos compatriotas, que lo reprueban abiertamente. Y atrae sobre su nación con ese acto el ludibrio de la historia y el anatema y el odio de todos los hombres libres.

Tal es la manera típica de proceder de esa gastada generación, a la cual me vengo refiriendo. Se manifiesta en teoría, genuina defensora de los ideales consagrados y en la práctica, resulta obedeciendo a los intereses más contrarios a la esencia del derecho.

Esa irreconciliable contradicción entre las doctrinas y la realidad, es el patrimonio universal de la generación que ahora declina, y abre un abismo de oposición antagónica entre la masa y sus dirigentes. Ese abismo de desconfianza hostil lo debemos suprimir nosotros los que encarnamos la nueva generacion espiritual.

Hemos de reconquistar la fé del pueblo haciendo que nuestros actos sean la materialización de nuestras palabras. Si la esencia de la realidad no se aviene con nuestras doctrinas será porque éstas son falsas; modifiquémoslas, en tal caso, para adaptarlas a la índole de la vida; pero no seamos nosotros los que fracasemos en la empresa de aplicarlas, por falta de integridad y rectitud; y sobre todo no mantengamos ese funesto dualismo que es germen de injusticias y de claudicaciones, excusa tradicional y vergonzante de todas las tiranías. No es solamente la América (la del Norte y la del Sur) la que camina a su perdición por las rutas actuales, es todo el Occidente el que se desploma, suscitando, a la vez, el alzamiento de los pueblos orientales cuya avalancha ya se vislumbra en el horizonte.

Nosotros, americanos, porque también nosotros lo somos, vamos, desde luego, a nuestra ruina, aunque por distintas direcciones. De no modificar la orientación que llevan nuestros países, los latinoamericanos continuaremos cayendo y quedando sometidos a la implacable política del dólar, apoyada por las bayonetas y la escuadra de los nietos de Lincoln, cuyas doctrinas de libertad se han trocado en instrumentos de opresión. Pero vosotros afrontaréis el destino de Alemania. Sufriréis una derrota semejante a la del emperador germánico y aún quizá mucho peor. Ya habéis substituido, con ventaja, el poder y la ambición de los teutones, basados, también, en el desenvolvimiento capitalista; sus ejércitos los poseéis en la escuadra numerosa y en las repletas arcas de oro. El mundo entero os es tributario; le tenéis preso en las mallas aceradas de vuestra red económica. Vuestra plutocracia es insaciable; no bastándole la posesión de casi todo el oro existente trata de adueñarse del tesoro petrolífero y gobierna para ello la diplomacia mundial. Ha heredado, asimismo, de la extinta dinastía alemana, su altanería, su insolencia, su orgullo desmesurado de señores de la fuerza, sin cortapisa ni contralor, para quienes los tratados únicamente eran válidos cuando les favorecían.

¿En qué emplean ese poder vuestros oligarcas? La tierra enterra es testigo de que no es en beneficio humano; y de que sólo difieren de las viejas autocracias imperialistas en sus métodos modernizados. Ya vuestro gran *condottiero*, Teodoro Roosevelt, se apresuró a refutar a Wilson, declarando que no era exacto que los Estados Unidos lucharan por abrir camino a la democracia en el mundo, lo que confirmó luego el gobierno norteamericano. No es cierto, efectivamente; la democracia del mundo y el bien de la humanidad son contrarios a los intereses de los plutócratas yanquis: es el dominio del mundo lo que persiguen y en lo que ya están bastante adelantados. Ellos no toman en cuenta las lecciones de la historia. Tampoco advierten que el mundo tiene hoy mayor unidad y más conciencia viviente que en los tiempos anteriores. Mas, si es posible engañar y sofisticar a un pueblo, no se reduce al engaño a toda la humanidad; ésta se halla apercibida, vigila y cela sus pasos, denuncia sus intenciones y teme su despótico poder. La conciencia universal ya los tiene juzgados y condenados. Detesta su ambición materialista y su hipocresía puritana. Ni la vida ni la libertad se recibirían con gusto de sus manos. Han deformado a su pueblo, imponiéndole «una disciplina de colmena que persigue un fin extraño a las abejas» y pretenden deformar la humanidad. Pero todo es un sueño vano, según demuestra la historia.

Si no conseguís desviarles del camino de anexión, de absolutismo y conquista disfrazada que persiguen, surgirá el pueblo o la raza que se antepondrá a su paso y ases-

tará sobre ellos el golpe decisivo, ejecutando un decreto ya dictado en el alma de la humanidad. Y entonces se hallarán solos, como se encontró Alemania en la hora del peligro. Porque como ya se ha dicho, mas aún que reproducir, acentúan los procedimientos del procáz imperialismo germánico. Desprecían la tradición y la experiencia europea con suficiencia de advenedizos. Han decretado por sí y ante sí mismos, con infatuación ingenua que son la raza elegida, superior, casi la única con derecho a la existencia. El «Dios está con nosotros» de los germanos, lo han substituído, ellos, con el lema implícito de «Dios somos nosotros». Se rigen por el espíritu del Viejo Testamento y aún quizá no han llegado a él; porque la inhumana ley de Lynch, es mucho más implacable que la del talión. Cultivan y estimulan como un deporte, en las masas inconscientes, la ferocidad de la caverna. Han resuelto la desaparición del negro, como podría haberlo hecho el propio Jehová; y han decidido ignorar la existencia de la raza ibérica que ocupamos la América Latina. Han resuelto más aún: que no existe otra América que la suya o sea la parte menor de la América geográfica. Así, de acuerdo con una antigua y hábil política, Norte América es toda la América; y si todavía no es ya, lo será. Por lo tanto han tomado posesión del nombre y ello significa muchas cosas: Panamericanismo, de este modo significa en la práctica, norteamericanismo, y la doctrina Monroe equivale a la anexión del continente. El hecho de que América Latina constituya las dos terceras partes de la superficie de este nuevo mundo carece de importancia, por virtud de su misma desunión. Y el de que esté ocupada esa tierra por una raza distinta de la del Norte. de tradición cultural más antigua, y depurada, es un detalle molesto y transitorio cuya existencia conviene disimular. Resulta, pues, que cualquier americano de habla ibérica que lea el libro mencionado de Mr. Coolidge necesitará palparse para convencerse de que existe y de que no es el fantasma de un ensueño escapado de la *Atlántida* de Platón; puesto que en un libro tan moral, tan religioso, tan defensor del derecho, donde se habla de América, de sus tradiciones y sus normas constantemente; donde se pretende definir nada menos que el objeto y el destino de América, no encontrará, ni siquiera por acaso, ningún nombre de país, de personalidad o hecho histórico, ni expresión de idiosincracias y tendencias que den a entender que existe otra América que la del Norte. Unicamente aparece México, respecto de quien declara Mr. Coolidge en 1923 que están en guerra «no declarada» con él; aunque se guarda, naturalmente, de consignar que esa guerra efectiva y no declarada, tiene por causa los yacimientos de petróleo mexicano sobre los cuales reclama México sus derechos nacionales. No ignoramos que tal procedimiento ha adquirido la categoría de hábito y ha encarnado hasta en el lema de las embajadas; y que puede mantenerse impunemente a consecuencia del renunciamiento de nuestra raza hoy sumisa. Mas no deja de chocar y sorprender en un hombre tan moral como lo pretende ser el señor Coolidge.

Puede oponerse contra ese procedimiento vejatorio de maquiavelismo subalterno, adoptado por la vieja generación norteamericana, que no sólo Norte América no es América, sino que América, en realidad, no ha nacido todavía. No es ni puede ser América esa «tierra de las culturas sepultadas»; ese transplante del puritanismo industrialista inglés, que ha tomado de América una parte del espacio, pero no las raíces ni el espíritu, ni la tradición del alma aborigen Esa pretensión de que el norteamericano actual encarne toda la América no sólo constituye una usurpación de los derechos de América Latina, sino de toda la América real que carece de representación en esa América contrahecha, donde no existe en substancia nada de origen americano. No; la América viviente brotará de la unión de toda America—desde la del Norte a la del Sur—y será el resultado de la fusión de sus distintas culturas y tradiciones, englobando el espíritu aborigen. Y si hemos de ser sinceros, declararemos que hoy somos nosotros, precisamente,—con nuestro atraso y nuestra indolencia—los representantes verdaderos de la América: los que nos hemos mezclado a la gente de la tierra, a los humildes autóctonos, depositarios, al fin, de la raíz y la esencia de la tierra, los que hemos adquirido las cualidades y los defectos de los que encarnan la tradición realmente americana, y hemos arraigado en este suelo y por lo mismo crecemos más lentamente, pero con más hondura también y con una índole propia. Porque es en extremo absurdo e irritante el pensar que un continente que estaba ya poblado por razas y civilizaciones antiquísimas como la incaica, la azteca, y la maya y la araucana, para no mencionar, en este instante, más que las de esta parte de América, deba ser representado y todavía con carácter limitativo, por una raza de origen europeo que se jacta de su espíritu excluyente y de su procedimiento de transplante.

Por otra parte, el destino de América, no es el de realizar un nuevo ensayo, con su fracaso correspondiente, de los intentos de imperialismo capitalista que ya reiteradamente han afligido al mundo con los caracteres de una enfermedad epidémica; sino el de tentar un experimento original; el del dominio del hombre, de la superación de todas las limitaciones, de clase, de religión y de raza, para alcanzar la fusión de la esencia íntima y universal del ser humano. No es posible explicar las pretensiones de exclusivismo racial de vuestras clases dirigentes en un pueblo formado por el torrente de toda la sangre humana. No es lícito sostener en el sentido étnico, que ha acabado revistiendo, vuestro lema de «América para los americanos», porque, además de ser injustificable, ni siquiera es posible definir a éstos, a no ser que se arrogue tal derecho la banca de Wall Street. Más humano, viviente e idealista es nuestro lema de «América para la humanidad»; pues si, en efecto, América ha de cobrar realidad universal y corresponder a la época presente, como genitora del futuro debe ser una experiencia que supere esencialmente el fenómeno europeo y que integre la contradicción de los dos términos de oriental y occidental, en una altísima síntesis de integración humana que practique la simbiosis y la fusión espiritual, en vez de la competencia darwiniana, propia del campo biológico.

Para eso, la Unión Latino Americana, se dirige a vosotros por mi intermedio, jóvenes de Norte América. No os pide ayuda, ni reclama derechos exteriores, ni menos solicita compasión. Si os dirige este llamado, es porque está segura de encontrar, al menos entre los jóvenes, entre aquellos más despiertos un sentimiento fraterno, un eco cordial y un espíritu activo vigilante, capaz de comprender estas verdades y colaborar en nuestra acción. Es hora ya de que América se realice,—la América integral que constituye una esperanza del mundo. Me es en extremo grato reconocer que vosotros habéis ya conseguido grandes cosas: habéis logrado imponer cierta igualdad exterior en el sentido de abrir camino a las aptitudes dentro de condiciones determinadas y puramente individualistas; habéis encarnado el triunfo sobre la inercia europea y habéis llevado a su máxima expresión actual, la industrialización de la naturaleza. Pero habéis, a la vez, extravertido la personalidad de vuestro pueblo, convirtiendo a los hombres de la masa, en autómatas, en instrumentos mecánicos de producción y permitido a los oligarcas capitalista la dirección de vuestra energía nacional; y esto os llevará al fracaso si no reaccionáis a tiempo. Y vuestro fracaso puede ser de consecuencias fatales para el mundo. Puede implicar la caída de toda la raza blanca y por tanto de la civilización del occidente. Son, pues, supremos los intereses que tenéis en vuestras manos. Es necesario que realicéis un esfuerzo heroico, digno de la tradición de vuestro pueblo para imponer una nueva orientación humana. Debéis también renovar la democracia dándole estructura ética y carácter social que ensanche el radio de acción de la justicia, despierte los sentimientos colectivos y estimule y permita la ascensión de la personalidad humana.

De esta manera podréis robustecer nuestra tendencia renovadora y contribuir al florecimiento del porvenir que llevamos dentro. Porque nosotros. iberos de la América Latina, no hemos realizado nada todavía, pero nos hemos forjado un alma propia y abrigamos el germen de una nueva palabra del espíritu. De vosotros, en parte, depende que podamos pronunciar esa palabra. Reunidos los dos aspectos: el de espíritu y acción, pensamiento y voluntad, emoción y dinamismo, podremos completar la esfera humana y abrir una era fecunda en la evolución del mundo.

Si colaboran en esa empresa los *pioneers* de Walt Whitman, los idealistas de Emerson, los irreductibles reformistas de Thoreau, lograremos conquistar el porvenir que reserva todavía para nosotros maravillas mucho más esplendorosas que las alcanzadas hasta hoy.

Vosotros, exploradores infatigables, tenéis una tierra virgen para descubrir y colonizar en el corazón del hombre. Vamos a explotar las minas de inagotable riqueza que hay ocultas, todavía, en el fondo del espíritu humano.

ALFREDO PALACIOS

Buenos Aires,
marzo 13 de 1927.

Renglones preliminares

Del tomo *Ensayos*, por MAX JIMÉNEZ.
Acaba de salir de las prensas de la UNIVERSAL

A Max Jiménez se le ha ocurrido que yo le prologue estos *Ensayos*, los primeros que en tomo entrega al público. No puedo negármele: soy su amigo y estimador. En el REPERTORIO AMERICANO he publicado ya algunos de ellos y en todo tiempo, he tenido palabras de estímulo para su labor artística y literaria. Porque en Max Jiménez hay a la vez un escritor y un escultor. Posee el don de las proporciones sutiles. Considero a Jiménez una sensibilidad nueva en nuestras letras, fina, original, ante nuestro paisaje y nuestra gente.

En el último de estos *Ensayos*, habla Max Jiménez del atormentado de las ideas, que tocan sin cesar al espíritu y en algo se definen: un poema, un cuadro, una melodía... Jiménez las llama, en su modo tan propio de ver y decir las cosas, «preocupaciones tontas», «manchas de lo bello». Jiménez es uno de esos atormentados. Su mente curiosa, fresca, emotiva, inquiere, se plantea sin cesar problemas y escribe como para calmar esta sed. Es un caso raro entre los de su clase social. Otros jóvenes como él no piensan más que en los placeres fáciles.

La clave de su situación como escritor en este momento y dentro del medio en que se mueve, nos la da Jiménez en el trozo *Libertarse*. Escribe para fugarse del ambiente. «La inquietud les molesta», dice pensando en los juzgadores incomprensivos con que se codea. «Instrumento unilateral del trabajo» es la credencial que debe presentar si quiere salir con bien de sus labores de oficina. «Nos da la vida el trabajo opuesto al mecánico: sentir del árbol, de la fuente, pintar, esculpir». Es su caso: esculpe y escribe. Y escribe como esculpe. No hay que olvidar que es un escultor moderno y que las formas que toman sus ideas al ser escritas o al condensarse en la piedra, el metal, la arcilla o la madera, adquieren las mismas actitudes que pueden parecer extrañas a quienes tienen sus sentidos habituados a considerar de cierto modo las creaciones de arte. Escribe, lo dijimos, para defenderse del medio social, para darle expansión a su alma inquieta. Tiene fe y trabaja tesonero Jiménez. Y como es sano, joven y estudioso, día con día su labor se acendrará y crecerá hacia arriba.

Solicitan su mente, su corazón: la naturaleza, el hombre, la vida. Busca a los hombres, cuyo trato juzga «obligatorio y hasta generoso», porqne no es indiferente «al bien y al mal». De ahí sus cuadros sentidos.

Digamos antes que la puntuación, el fraseo de Max son muy suyos. Así como tantas y usuales palabras que emplea, impregnadas de mucho sentido estético, de una psicología personal y comunicativa al lector afín o sensible. Es el mayor encanto de su estilo. Imágenes nuevas, sugestiones prolongadas, puntos de vista propios, pinceladas finas hay en las prosas que siguen. Señalemos uno que otro de estos rasgos y que ello sea como incitación a la lectura total de este breve tomito. Hay en él mucha visión espiritual del mundo.

Ruido gris de olas. Palmas que barren el cielo. Hoy todo es del mar.

El cielo vistiendo y desvistiendo al mar.

Las lanchas: un problema. Tratan de adaptarse al mar. Enfiladas, creen hallar una solución.

Noche triste; al llegar disminuimos. Más vida por que hay más sol. Ríos de color.

La lluvia que nos aisla. Hay días en que no llueve, llora.

Su talento artístico halla relaciones inesperadas entre las cosas. Veamos:

Las nubes que se tiñen de rosa porque creen que la luz de los focos eléctricos es la del poniente.

Arboles de la orilla del río que se alegran al reflejarse en sus ondas porque creen que han perdido su fijeza.

Agua que le presta su tranquilidad al paisaje.

El paisaje que resucita cuando la lluvia muere.

Una naturaleza nueva que está por definirse en las telas del pintor sol.

A los hombres los juzga como incorporados al paisaje, y a éste como testigo comprensivo de la vida de los hombres. He aquí un rasgo fino, sugestivo, sutil:

La lluvia, antes triste, parece de oro al hacer el bien.

Ciertos tipos raros, extraviados, preocupan a Max. En el capítulo *De los hombres* señalo estas páginas: *El perro*, poema hondo. *El familiar* y *Vidas de corral* (En ambos, sátira. Hay en Max humorismo, esto es, cierta dosis de sátira y de piedad; más de piedad). *El papelote*, con mucha filosofía, *Quince abriles de su porcelana*, *Las del pueblo* (notable). *Los ojos*.

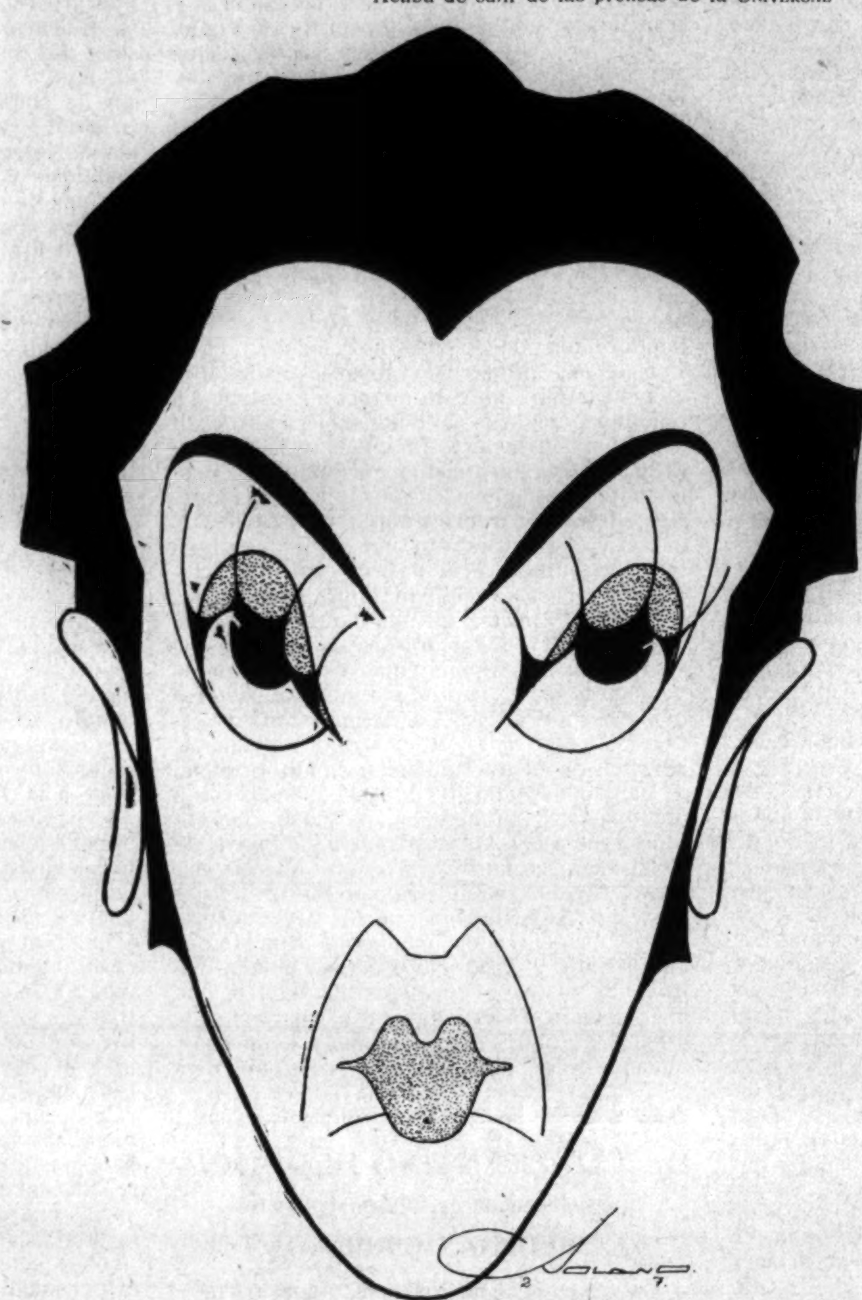
El capítulo *De la vida*, esboza, como si dijéramos, la filosofía que se hace Max. Con los años estas meditaciones ganarán en hondura y peso. Estas interrogaciones se nos vienen al leerlo: ¿Añoranza? ¿Inconformidad del existir? ¿Visión triste de la vida? ¿Dolor? ¿Lo inevitable del destino? ¿Temor? Nos estamos fugando, yendo hacia el más allá. Vivir en el amor y no inquirir. Filosofía bondadosa, optimisma, tal vez sea la de Max Jiménez.

De la experiencia: página fina. Me place tanto lo del «infinito sabor» de no morir.

Habría que decir mucho más de este nuevo autor costarricense, pero escribo de prisa. De él han de hablar otros y con más acierto.

GARCÍA-MONGE

San José, Costa Rica.
Abril de 1927.



Max Jiménez

Visto por SOLANO

Resurrección y muerte

Al amigo y compañero de aulas,
don Guillermo Méndez Pereira

El fué al muelle también, pero casi a la fuerza. Su espíritu, agobiado por sufrimientos de todos ignorados, apenas si manifestaba a veces la jovialidad de los mejores días de juventud. Frisaba en los treinta y seis años y en su cabeza la plata asomaba impertinente para contrarrestar con el ébano que coloreaba a trechos sus cabellos; a su cara ligeramente ovalada, arrugas, quizás prematuras, imprimían mucha gravedad. Vestía de *gabardina* inglesa y el aspecto que presentaba era el de un burgués acomodado. Los amigos le querían y él condescendiente con los antiguos condiscípulos, divagó la noche anterior por cabarets y sitios de diversión hasta casi la aurora. Este trasnochamiento marcó más acentuadamente la tristeza que como hábito reflejaba su persona.

Un grito de júbilo se escuchó entre la numerosa concurrencia del puerto. Airosamente, trasportado el rompeolas artificial, el trasatlántico entraba en la bahía y bordeaba el muelle para atracar a su costado. Desde el barandal del navío pañuelos femeninos, manos juveniles y sombreros de hombres se agitaban regocijados en correspondencia a la bienvenida entusiasta con que los excursionistas extranjeros eran recibidos. Se hizo el desembarco, se procedió a las presentaciones, y llenadas las formalidades de aduana, se dió comienzo al programa de paseos con que se iba a festejar a los huéspedes.

Él vagó entre la multitud indiferente. El fardo de sus tristezas agobiaba su alma extraña a las jubilosas manifestaciones de los recién llegados como de sus amigos. De vehículo en vehículo pasó buscando el sitio para su acomodo sin hallar espacio libre. De pronto, de un automóvil del que salían risas y voces de alegría, oyó que le llamaban:—Señor, señor, venga acá y acompáñenos. Volvió atrás, y agradeciendo la atención, se sentó entre las damitas que le hicieron lugar.

El paseo por la populosa ciudad comenzó. Entonces él recorrió la mirada analizando el físico de sus compañeras de vehículo, hasta que su vista se detuvo en una de las damas que junto a sí tenía, que le estaba contemplando, y admiró en ella su esplendor. Era alta, de cuerpo esbelto y aire de elegancia. No era bonita, pero sí simpática. Dos ojos de miradas de fuego brillaban bajo su frente espaciosa y noble, adornada por una cabellera abundante que a uno y otro lado del óvalo gracioso de su cara bajaba en dos trenzas a medio hacer que le daban un aspecto de gitana, a cuya impresión contribuía el color moreno-rosa de su cutis y el salero y agilidad con que acompañaba sus gestos y acciones. Al mirarla él, sus ojos se encontraron y la sonrisa de ella iluminó su faz obligándole a reír también.

—Señor, ¿qué le pasa?, preguntó ella quedamente. ¿No le agrada nuestra compañía? ¡Le veo tan serio!

—Al contrario, señorita, respondió. Siento que mi aspecto funerario les pasme la alegría de ustedes. Yo no estoy en mi lugar aquí.

—¿Por qué? ¿Está usted triste? La tristeza tiene un remedio: la alegría. ¿Qué penas le afligen? ¿No se atrevería usted a hacerme confidente de su pesar?

—¿Para qué, señorita, distraer su regocijo con los dolores de un desconocido?

—¡Desconocido! ¿No nos conocemos ya? ¿Es que no quiere usted ser mi amigo o que yo no le ofrezco confianza o no le merezco simpatía? ¡Y yo que creí que usted podría ser mi amigo y para eso le llamé!

—¡Ah!, ¿fué usted quien me llamó? ¿Me conoce usted acaso?

—¿Se necesita por ventura saber cómo se nombra una persona para conocerla? Le ví desde el vapor retiradito del grupo que nos aguardaba; observé su mirada triste, indiferente al regocijo con que nos recibían sus compañeros, y pensé que usted no estaba por su voluntad allí, pero, sin embargo, su aspecto me interesó y le seguí con la mirada en sus pasos hasta que se acercó a este carro y le llamé... ¿Le pesa a usted que lo hubiera hecho?

—Al contrario, me siento contento de haber despertado su interés y le agradezco su espontánea confesión. ¿Quiere usted, por acaso, contagiarse de mi tristeza?

—No, hombre, no. Quiero comunicarle mi alegría. Quiero curarle de su pena y hacerle feliz, si fuese posible, siquiera mientras estemos nosotros aquí.

—¿Y tiene usted seguridades de conseguirlo?

—¿Por qué no? Si usted no me hace resistencia y no me rehuye, lo conseguiré. Tengo fe en mi propósito. Yo procuraré que mi compañía le sea grata y le infundiré mi optimismo. Le voy a hacer ver el aspecto risueño de la vida; voy a desgarrar los fúnebres crespones que enlutan su alma. Pero ponga su voluntad en la obra.

—¡Cuánta convicción hay en sus palabras! ¿Cómo he de llamar a mi médico moral?

—No seré su médico. Seré su *nurse*. Usted no necesita medicina, necesita ciudado. Llámeme *Sor Rita*.

—¿Entonces usted quiere ejercer la caridad conmigo?

—No, no lo hago tanto por caridad, aunque me llame *Sor Rita:* lo hago, sobre todo por simpatía. No se haga el vanidosillo por ello, pues en que le manifieste espontáneamente que usted me ha sido simpático no hay motivo para enorgullecerse. Yo soy franca y sincera en mis manifestaciones, y por eso no oculto mis sentimientos con los ropajes del disimulo, aunque procediendo así parezca en desacuerdo con las conveniencias sociales. Pero usted me comprende, se lo veo en los ojos que no me engañan y esto me satisface. Voy a cuidarle espiritualmente y a sacarle de su ánimo rezagos de un mal que le ha enfermado el alma. ¿Convenido?

—Aceptado, simpática *Sor Rita*. Desde este momento me pongo en sus manos y me tendrá siempre junto a usted. Seré su sombra.

. . . .

La curación se realizó. Aquella mundana Hermana de la Caridad paseó por la urbe cosmopolita del brazo del enfermo. ¡Qué hermosa pareja hicieron! En paseos, banquetes, bailes y saraos se les vió siempre juntos. Ella repartiendo alegría por doquiera, infundiendo sano regocijo, atrayéndose la atención y la simpatía de cuantos la vieron y conocieron. El círculo de sus amigos se hizo más y más extenso, y quienes la trataron se enamoraron de su gracia y admiraron su exquisito don de gentes y maneras sociales. Él, a su lado se transfiguraba a ojos vistas: en el baile era el primero en lanzarse a danzar; en los banquetes mantenía el regocijo a su alrededor; en los paseos parlaba como un *cicerone* a sueldo, describiendo la ciudad e historiando sus monumentos. Se hizo otro hombre. En su alma la dormida juventud resurgía, resucitaba al himno del

amor y se transformaba de taciturno y adusto, en el más jovial de los galanes, en el más divertido hombre de salón.

Fué aquel un idilio intenso. Una comunión de espiritualidad les estrechó firmemente, y al mágico poder del cariño de ella, este mundo, antes para él un valle de pesares, se convirtió en la tierra de promisión por la acción vivificadora de una filosofía optimista y llena de esperanzas que ella supo enseñarle.

En el pecho generoso de ella depositó él todas las confidencias de sus desdichas, todas las tristezas de las decepciones sufridas, y sus heridas, con delicadeza de hermana, con solicitud de amante, fueron restañadas poco a poco por su amiga y curadas con el bálsamo de su fe.

Y así pasaron los días, y la hora del regreso de la expedición llegó, y en el momento de la marcha quiso él seguirla a su país para coronar allá la obra de conquista que había realizado y premiar con la unión eterna la labor de transformación que ella tan milagrosamente había conseguido en su ser. Y le expresó su deseo cuando ella, ya en el muelle, se le acercó para despedirse.

Entonces ella, al escucharle, cambió el aspecto de su faz, inclinó la cabeza y entornó los ojos con un gesto de angustia y de pesar.

—No me siga, le dijo... ¡Quédese!

—¿Me despide usted? ¿Qué razón hay para que me abandone ahora, cuando, después de vivir tantos años en los eriales de una existencia tenebrosa, me muestra usted a mi alcance el oásis de una nueva vida llena de felicidad junto a usted, vida resurgida por la virtud de su cariño que ha resucitado el cadáver de mi amor muerto en los umbrales de mi juventud? ¿Estoy viejo acaso ya? ¿No soy, por ventura, digno de usted? ¿Me cree incapaz de hacer su dicha y corresponder a su amor?

—Calle, calle usted por Dios, se lo ruego. No me recrimine por mi conducta. Sea buenito y perdone lo hecho con usted. Despertó usted en mí una profunda simpatía y no tuve reparo en decírselo, y llevada por esa simpatía quise alumbrar la noche de su espíritu y hacer reaccionar hacia la vida su ser moribundo. Obra de caridad, tal vez, pero dictada por mi corazón. No podemos completarla. Usted no debe seguirme.

—¿Por qué? ¿Qué lo puede impedir? Yo tengo libertad y hasta derecho de irme en pos de usted a donde vaya y de reclamarle el cumplimiento de las veladas promesas que me hizo. Yo la sigo.

—No, no, deténgase, por Dios. ¡Quédese! ¿Qué va usted a hacer a mi país? Allá no me verá; allá tengo que ser otra para usted.

—¿Por qué...? ¿Por qué ha de ser otra?...

—Porque... ¡soy casada!

—¡Maldición!, gritó él con desesperación; y dejándose caer sobre un banco del muelle se echó a llorar.

Ella entonces se le fué acercando pasito, mimosa, tiernamente solícita; estrechó al de él su cuerpo; apartóle las manos del rostro y tomó entre las suyas su cabeza y uniendo su boca a la del hombre cuya alma acababa de matar, le dió un beso largo, beso de pasión, y saboreó en sus labios las lágrimas del amigo que se confundieron con las suyas propias...

....

Y así fué como, aquella alma triste y sola que por un momento resucitó al amor, volvió a sumirse en las tinieblas de la muerte espiritual que durante tantos años entenebreció su vida.

ERNESTO J. CASTILLERO R.

Panamá, abril 23 de 1926.

Arma eficaz para nuestra defensa

=De *El Tiempo*. Bogotá=

La actitud de *The World* ante la política seguida por la secretaría de estado de Washington—en mala hora puesta en manos de un abogado cuyo estrecho criterio es inferior a las grandes concepciones de la política internacional y que ha mostrado en varias ocasiones la más asombrosa carencia de tacto,—nos da ocasión para expresar ciertas ideas acerca de la manera como nuestros pueblos deberían defender sus intereses ante la opinión pública de los Estados Unidos, que no es, ni mucho menos, la de los financistas o petroleros empeñados en desarrollar en estos países una política de explotación y de predominio insolente, como la que con tanta entereza rechaza hoy el gobierno de México.

Existe en aquel gran país, bajo cuyo colosal poderío económico alienta una corriente cada vez más fuerte y vigorosa de idealismo generoso y sano, una inmensa mayoría deseosa de que primen en las relaciones internacionales la justicia y la equidad, y de esa mayoría, que muchas veces—como ahora—no es interpretada rectamente en las alturas del gobierno, es exponente una prensa de independencia realmente admirable, que lucha contra los panegiristas del imperialismo nacionalista con una tenacidad y un valor dignos de todo encomio. Nos tocó ver de cerca, por ejemplo, la actitud de la prensa de los Estados Unidos en los momentos en que por la terrible carta de Clémenceau al presidente Coolidge, tomó tan agrio carácter la cuestión de las deudas de Francia a los Estados Unidos. Un gran número de diarios amarillos y patrioteros se dedicaron a atacar a la república francesa en la forma más agresiva, y vimos entonces, con tanta sorpresa como admiración, a casi todos los diarios serios, *The New York Times*, *The World*, *The Sun*, de Baltimore, defender con energía y valor los puntos de vista de Francia y enfrentarse a las pasiones nacionolistas, estampando hasta verdades amargas para oídos patrioteros, pero que en realidad debían llenar de orgullo a quien conciba la patria como servidora de la verdad y del derecho. La actitud de esos periódicos, en ocasión tan propicia al desborde de las pasiones populacheras, es una de las más bellas, de las más honrosas y nobles manifestaciones de un periodismo que pone los ideales y la razón por encima de lo que, con un criterio egoísta, pudiera considerarse como provechoso para el propio país. Y el mismo *World*—que tan gallardamente nos defendió en la cuestión Panamá—defiende ahora los derechos de los filipinos contra los presuntos explotadores de enormes caucheras organizadas en los centros financieros, y defiende a México y pide para las relaciones de los Estados Unidos con la América Latina bases de igualdad y de mutuo y sincero respeto.

Las corrientes imperialistas existen y son evidentes y peligrosas, pero sería un magno error de los países amenazados pensar que ellas lo dominan todo en los Estados Unidos, y que para luchar contra quienes desde allí pretenden explotarnos o atropellarnos, debemos atacar a los Estados Unidos, sin hacer distinciones, y formar rudamente un bloque que desde los países latinos se oponga a cuanto puede venirnos de la patria de Lincoln. Muchas veces, en el corazón mismo de Nueva York, hablando con patriotas del más acrisolado sentimiento y de la más vigilante perspicacia, reconocíamos que la principal y más efectiva defensa de los países latinos contra la codicia financiera del capitalismo, puede encontrarse, mediante una activa e inteligente propaganda, y un constante esfuerzo para el mejor conocimiento, dentro de los Estados Unidos, en la inmensa masa de opinión imparcial y benévola que allí se encuentra, en sus diarios independientes, a los cuales su mismo poder económico pone fuera del alcance de los piratas financieros, y que luchan por desterrar el nacionalismo imperialista de la política internacional de su patria, para reemplazarlo por la justicia, por una deferencia cordial, basada en la buena voluntad y capaz de no retroceder ante el reconocimiento de la propia culpa.

Por eso es que cada vez somos más partidarios de una política de sincera amistad con los Estados Unidos, dentro del más firme, constante e irrevocable propósito de no aceptar jamás nada que mengüe nuestra soberanía, que represente intervención en nuestros asuntos propios o que subordine nuestros intereses a ajenas codicias. Una política que excluya el recelo y la suspicacia, que ponga las cartas sobre la mesa y se haga frente a frente, cara a cara, a base de una mutua lealtad, y con prudencia siempre despierta, pero con valerosa confianza. Con la confianza que da el saber que tratamos con un pueblo en el que existen muchas cosas sanas, grandes, buenas, y que nuestro pueblo de siete millones de habitantes, tiene fuerza sobrada para no permitir nunca que las relaciones de amistad degeneren en dependencia; para conservarlas siempre en el terreno de la igualdad y del respeto a nuestra propia soberanía.

Página lírica

de León de Greiff

=Del tomo *Tergiversaciones.* Primer mamotreto, 1915-1922. Bogotá, 1925=

Rondeles

I

Esta mujer es una urna
llena de místico perfume,
como Annabel, como Ulalume...

Esta mujer es una urna.

Y para mi alma taciturna
por el dolor que la consume,
esta mujer es una urna
llena de místico perfume...!

XI

Lejana novia tan querida
por este loco, loco y loco...
Yo nada quiero de la vida
sino a mi dulce prometida
lejana!

Cuando su gracia pura evoco
—entre mis farsas de un barroco
gusto, o mal gusto,—loco y loco
yo nada quiero de la vida
sino a mi dulce prometida
lejana!

Lejana novia tan querida
por este loco, loco y loco...

XII

Músicas, músicas extrañas,
músicas, músicas exóticas!
—Música que el ánimo dañas
con frases súbitas, hipnóticas!

Músicas, músicas extrañas...

Músicas de las cabañas,
sin ilación, burdas, caóticas,
salvajes, ingenuas, hurañas...

Músicas, músicas exóticas!

Y músicas de naves góticas,
músicas de viejas Españas,
—bullangas, motines, hazañas—
en las que brujas estrambóticas
afilan sus frias guadañas...

Músicas, músicas exóticas,
músicas, músicas extrañas!

XIV

Mi pobre amor se está yendo...
yo me quedaré llorando...
La lluvia, leve, cayendo;
una nube, allá, glisando...

Mi pobre amor se está yendo.

Lejos, muy lejos!, soñando
la dulce amada, y tejiendo
su ilusión, que voy matando...
Mi pobre amor se está yendo...

Qué pasa, que nada entiendo?
Qué pena se va acercando?



La lluvia, leve, cayendo...
Una nube, allá, glisando...

La dulce amada tejiendo
su ilusión, que voy matando!

Mi pobre amor se está yendo...
Yo me quedaré llorando!

XV

Amor, deliciosa mentira,
áspero amor, abur...! abur...!
Es de ceniza vuestro azur,
amor, deliciosa mentira...!

Por vos el poeta delira
en Brujas, Tokio y Nischapur...

Amor, deliciosa mentira,
áspero amor, abur...! abur...!

XVI

Amor, deliciosa mentira,
áspero amor, retorna, ven!
Tu pena es el único bien,
amor, deliciosa mentira...

Mi corazón, ebrio, delira!
Mi corazón... ¡tómalo!, ¡ten!
Amor, deliciosa mentira,
áspero amor, retorna, ven!

XVII

Amor otra vez su perfume
riega en mi esquiva soledad...
De Cypris trae, y de Bagdad,
amor otra vez su perfume...

Ya no mi sér gestos asume
de fingida serenidad:

amor otra vez su perfume
riega en mi esquiva soledad!

Ofelia

A Jesús Antonio Uribe Prada

(Rapsodias de antaño)

Dolidas doncellas, morenas y rubias:
morenas
de senos garridos
y de bocas ávidas,
y blondas
de verdes ojos de esmeralda,
de lánguidos labios sin sangre...!:
en torno del féretro
donde viene Ofelia,
los llantos sonoros
y fúnebres cántigas,
acaso no digan del luto
que va por las almas...

Doncellas, doncellas
morenas y rubias;
miradas ardientes
y bocas lozanas,
ojos extraviados
y labios exangües...
Ofelia, la rubia
de ojos de esmeralda,
Ofelia,
la estrella más límpida,
la oveja mas cándida!,
que murió, perfumando las ondas
pérfidas y glaucas!,
que regó con sus pétalos
sonrosados y tibios,
las indolentes aguas...,
que tronchó con sus manos inánimes
los juncos y ramas,
y bendijo las linfas
con la albura del cuerpo,
con la albura del alma...!:
Ofelia la blonda,
Ofelia la pálida,
murió de silencio,
con las alas abiertas, los ojos
abiertos, la pupila extática,
mirando en las nubes
la amarga,
la amarga silueta del príncipe loco...
Murió de silencio
la cándida,
la cándida y rubia doncella
de ojos de esmeralda...

Los llantos sonoros
no dicen las ansias...:

Silencio es la nota
que tremen las arpas...

Silencio en los bronces
de adustas campanas...

Silencio en el viento
que azota su caja...

Silencio en las sombras
que rozan su cuerpo...
Silencio, silencio...
¡Silencio, alimañas,
felices gusanos
que gustáis su sangre
tan dulce, tan cándida...!

Silencio en los pinos,
cipreses, acacias...

Silencio en los ojos
que ya están sin lágrimas!

Silencio en las bocas
que no gimen lánguidas
melodías dolientes,
amargas...!

Silencio en los labios,
silencio...!
Silencio en las almas...!

1915.

Pestalozzi,

fundador de la escuela popular

De todos los títulos con que suele honrarse la memoria de Pestalozzi, ninguno me parece más merecido, más acertado, que el de fundador de la escuela popular. «En Burgdorf y en Münchenbuchsee, fundador de la escuela popular...», reza, entre otras cosas, la conocida inscripción puesta en 1846 sobre su tumba en lugar del primitivo rosal que antes indicaba silenciosamente, con un perfume de sencillez y de poesía, el paraje en que descansaban los restos mortales del gran educador.

La escuela popular, la escuela pública o nacional ha sido, a mi juicio, la conquista más importante del siglo XIX. Se ha dicho que a la pasada centuria no se la debería llamar el siglo del vapor o de la electricidad, sino el siglo de la democracia. Pero la verdadera raíz y, a la vez, el mejor fruto de la democracia ha sido la instrucción para todos, el derecho y el deber de la ilustración, la socialización de la cultura.

Las aristocracias intelectuales de hoy acaso no sean superiores a las de fines del siglo XVIII. Mas entre aquel pueblo de las cabañas suizas, que con tan dolorida emoción nos describía el autor de *Leonardo y Gertrudis;* entre la plebe ignorante y famélica, miserablemente explotada con la aparición del industrialismo, en los comienzos del siglo pasado, y el pueblo helvético, el pueblo europeo de nuestro tiempo, con seis, ocho o más años de formación escolar metódica, de preparación para una vida plenamente humana, existe, por fortuna un abismo.

La escuela popular es, pues, la gran conquista del siglo XIX. Y, hasta donde cabe personificar en un solo nombre una tan completa creación colectiva, ese nombre es, con toda justicia, el de Juan Enrique Pestalozzi.

No lo es, ciertamente, por el mero hecho de que Pestalozzi diera enseñanza dentro de un local a un cierto número de niños pobres. En este vulgar sentido, la escuela popular existía en el mundo entero desde mucho tiempo antes de que en el invierno de 1746 viniera al mundo en una oscura casa del viejo Zurich el futuro pedagogo de Iverdon. Escuela popular era ya, en este sentido, la de Burgdorf, con sus sesenta alumnos, antes de que Pestalozzi se encargara de ella. Y, sin embargo, sólo después nacía, a impulsos de su genio, la verdadera escuela popular.

La fundó, en realidad, Pestalozzi porque le dió el espíritu, los principios y los métodos. El espíritu de la escuela popular es el anhelo de redimir al pueblo, en conjunto, en su totalidad, desenvolviendo la humanidad en cada hombre, sin excepción, y haciendo llegar hasta las masas más humildes todo lo esencial del saber y de la cultura. Quien no quiera esto, quien no sienta esto, quien no lo conciba como un deber primordial de justicia, podrá enseñar a sesenta niños «las desdichadas letras, primer tormento de la juventud», cual lo hacía el antecesor de Pestalozzi, muy a gusto de los aldeanos de Burgdorf, pero no habrá comprendido lo que es la escuela popular.



Pestalozzi y los niños

Cuadro de ANKER.

Así como tiene un espíritu, la escuela popular tiene también sus principios y sus métodos. Figura entre los primeros el respeto a la personalidad del alumno, de cada alumno. Estimular y favorecer el libre desarrollo de las propias energías espirituales de cada alma. No, por cierto, en un ambiente ingenuo de espontaneidad paradisíaca que confunda la libertad interior con el instinto ciego, el capricho momentáneo, o la veleidad infantil, olvidando que veleidades, caprichos y ciegos instintos no nos emancipan, sino que nos esclavizan. Pide, acaso, la escuela una atmósfera moral de firme disciplina, pero de una disciplina tan psicológica que, en ella, las reglas exteriores susciten en las almas juveniles la formación de las normas internas, llegando a esa difícil fusión de natural espontaneidad e íntima ley espiritual, fusión delicada que se llama libertad.

Para ello hay que cultivar en el hombre al hombre entero, no sólo el intelecto, sino, como decía Pestalozzi, la cabeza, el corazón y la mano. Meditación, emoción, acción, dan las tres dimensiones de nuestra vida. «Todas las fuerzas fecundas de la humanidad—escribía Pestalozzi en *La velada de un ermitaño*—no son dones del arte ni del azar. Están con sus fundamentos en lo íntimo de la naturaleza de todos los hombres. Desarrollarlas es una necesidad general de la humanidad...»

Pero en ese desarrollo hay que buscar el equilibrio, la ponderación, la armonía. «Los conocimientos sin las actividades prácticas —añadía en *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos*—constituyen el don más funesto que un genio enemigo ha hecho a nuestra época...» La salvación está en la educación armónica de esa unidad interna que forman nuestras «fundamentales energías morales, mentales y físicas»...

En cuanto a los métodos de la escuela popular, recordemos, ante todo, la intuición y el trabajo. La intuición, para Pestalozzi, es una creación interna. El trabajo sería la creación exterior. La intuición pestalozziana no significa receptividad por los sentidos, pasiva observación, muertas lecciones de cosas. Intuir es pensar. Sólo que no es pensar en abstracto, en el vacío, sino pensar mediante la percepción de los objetos, en la percepción de los objetos. La moderna psicología ha venido después a demostrar que, ya en la más elemental percepción, hay en realidad un pensamiento.

En la intuición, no es el alumno como una cámara oscura que refleja los objetos exteriores, sino más bien como una linterna que proyecta sus propias ideas. Mas no podría hacerlo sino frente a la pantalla. La pantalla son los objetos exteriores. Sólo en la intuición, el pensamiento tiene vida. Sólo con el pensar, la intuición adquiere valor. No digamos: «¡Cosas!, ¡cosas!, ¡realidades! Basta de conceptos y de palabras!...» Digamos mejor, con el espíritu de Pestalozzi: «¡Cosas!, ¡cosas reales!... ¡Sí!... ¡A fin de llegar, mediante ellas, a las palabras justas y a los conceptos claros!»

Además de la intuición, el trabajo, el trabajo mental y físico del escolar. Podría decirse, esquemáticamente, que el progreso de la pedagogía ha consistido en pasar del memorismo al intelectualismo; del intelectualismo a la intuición; de la intuición al trabajo activo y personal. Hoy se ha comprendido que en el propio trabajo es cuando el alumno, de una manera real y viva, ejercita la intuición; en la intuición se despierta y forma la inteligencia; en la obra de la inteligencia tiene su lugar adecuado

(Pasa a la página 218)

En torno a Brandes

Gachalá, Marzo 2 de 1927

Señor don
Joaquín García Monge
San José, Costa Rica

Mi distiguido amigo:

Contando con su nunca desmentida benevolencia y exquisita tolerancia me atrevo a pedirle unas líneas de espacio en el valiente y ya consagrado REPERTORIO para un ligero comentario.

Con la aguda atención que merecen las palabras y opiniones de don Rómulo Tovar y con la admiración que me inspira su «*dolce stil nuovo*» americano he leído las reflexiones provocadas en su espíritu por la obra del lamentado Jorge Brandes acerca de la tradición cristiana. Véase el REPERTORIO de 15 de Enero, pág. 32.

Debo empezar deplorando no conocer la traducción a que se refiere el señor Tovar y que es, sin duda, reprobable. El traductor no tiene derecho a acomodar a su pensamiento las ideas del autor traducido. Su obligación fundamental es acomodar las suyas al pensamiento del autor. En nada se conoce tan bien la incapacidad del traductor o su ánimo de tergiversar el sentido de la obra que va a interpretar como en la versión del título. Cuando lee uno que la obra fundamental de Flaubert sale de las prensas barcelonesas con el título de *¡Adúltera!* o que una obra inocente de aquel alegre novelista e insignificante escritor, llamado Paul de Kock es traducida con el nombre de *Casada, Viuda y Doncella*, en vez del innocuo *M. Dupont* que lleva en el original, ya hay razón para tirarlas sin haberlas hojeado. Traductores como éstos especulan con el escándalo y el mote sensacional.

El traductor a quien se refiere el señor Tovar ha cometido un pecado semejante en el título, y es posible que en el texto se haya permitido libertades del mismo género, según es la interpretación que un espíritu tan ecuánime les ha dado a los conceptos de Brandes. El libro a que me refiero se titula en danés, lengua en que apareció originalmente, *Sagnet om Jesu*, cuya versión palmaria es *La tradición acerca de Jesús*. *Sagn* en danés significa *tradición, decir, rumor* y es del mismo origen que la palabra escandinava, *saga*, de manifiestas afinidades con la de que se sirven alemanes e ingleses para expresar la idea de *decir*. Traducir *Jesús, un mito* es prejuzgar o, lo que es peor, aventurarse a desvirtuar el pensamiento del autor. Es verdad que *Sagn* puede también traducirse por *mito;* pero el sentido de la obra, por una parte, y del hecho de que en danés, como en todas las lenguas cultas de Europa se haya adoptado la palabra griega *mythos*, en diferentes formas, para expresar la idea de *fábula, narración puramente ficticia*, se deduce sin violencia que Brandes tenía lejos de su mente el significado secundario de *Sagn*. En caso contrario habría dicho *Myth* que es la palabra danesa correspondiente a tal concepto.

Esto por lo que hace al título. Refiriéndome al contenido, aunque no conozco la traducción a que se deben las hermosas palabras del señor Tovar, es fuerza decir que el traductor lo ha tergiversado. La obra de Brandes no afirma nada. El no era un cristólogo ni pretendía serlo. Pero atento como siempre al curso de las ideas en Europa y viendo el interés que despertaba la persona del Salvador en todo género de espíritus, desde un charlatán veleidoso como Papini a un humorista tan bien informado como Bernard Shaw, quiso ilustrar a sus lectores sobre el estado actual de nuestros conocimientos respecto a los orígenes del cristianismo y a la realidad de su fundador. En una y otra dirección Brandes no hace más que resumir con la astral claridad y belleza inmarcesible de su estilo el resultado de las últimas investigaciones sobre tema de tan grave importancia. Sigue principalmente a Cauchou, autoridad reconocida por la ciencia francesa.

Lo que Brandes y Cauchou sostienen es que de acuerdo con las exigencias de la ciencia histórica de nuestros días, no se puede probar que Cristo haya existido. De aquí a negar su existencia o a considerarla como un mito hay una distancia considerable. También señala Brandes que la mayor parte de las ideas contenidas en los Evangelios se hallan en religiones más antiguas del Asia y que gran número de actividades atribuidas a la persona de Jesús, y su manera de venir al mundo son semejantes a las actividades y al origen de fundadores de religiones más antiguas que el cristianismo. Como es sabido nada hay nuevo en esta comparación. Hasta poetas grandilocuentes la habían expresado hace sesenta años:

> Si son los Vedas libros muy antiguos
> y el cristianismo afirman que es moderno,
> Krisna de nuevo en Nazaret encarna
> o son copiados estos evangelios.

Brandes no la emprende contra el cristianismo. A pesar de su origen israelita no pertenecía a la religión del Talmud ni a ninguna otra. El señor Tovar afirma que solo un grande hombre puede crear una religión. «Todas ellas», dice, «llegan a tener en el momento de su madurez suprema expresión definitiva en el genio de un hombre». Ello es tan cierto que el cristianismo tuvo en su madurez como intérprete y propagador infatigable, a Pablo de Tarso, verdadero genio religioso, sobre cuya existencia no han podido crear dudas ni la crítica más exigente ni los peores enemigos del cristianismo.

Lo que hay respecto a la doctrina de Cristo o de San Pablo, y esto no lo dice el maestro de Copenhague, es que si en la época actual «se siente» todavía «en la conciencia del mundo la necesidad de una fuerza del espíritu semejante a la que ha expresado el Jesús de los Evangelios», debemos aceptar una de dos cosas o que el cristianismo es contrario a la naturaleza humana, o que sirve tan sólo de pretexto para justificar las mayores abominaciones. En ambos casos la humanidad es indigna



Jorge Brandes

4 febrero 1842 - 19 febrero 1927

Telegrama

«*Gachetá, febrero 26 de 1927*

ESPECTADOR—*Bogotá.*

La muerte de Brandes priva a la idea de la libertad de su más alto representante y de su más asiduo y eficaz defensor en los últimos sesenta años. Mientras otras inteligencias ochocentistas claudicaron y se rindieron, escondiendo en pliegues de sutil ironía su escepticismo en materia de libertades, Brandes perseveró siempre dedicado a la defensa de los principios formulados ruidosamente con estupenda claridad y hermosura en su conferencia del año setenta.

Superior a los partidos, separado siempre de la política militante, fué capaz de atreverse contra las exageraciones patrióticas y las imbecilidades del concepto racial, y llegó a ser para la Europa de hoy una voz tan respetada como la de Voltaire en el ochocientos. Díjoles verdades a sus compatriotas, amargamente cuando lo creyó necesario; censuró severamente el oscurantismo protestante de los países escandinavos, en tanto que el puritanismo odioso flagelaba al norte, y mostrando el valor literario y moralizante de la obra de Ibsen, desencadenó contra sí el odio acumulado por generaciones de mojigatos y tardígrados. Descubrió valores nietzschianos a la Europa ironizante y escéptica. Visitando las naciones europeas, excepto España, con ánimo de señor y dueño intelectual, ensanchó sus ideas fijadas en sus memorias y libros sobre Polonia y Rusia, y en los seis volúmenes de Las corrientes literarias, *inventario de las ideas de su siglo. La estúpida guerra mundial no lo descon-*

(Pasa a la página 218)

de proclamar que vive o quiere vivir conforme a esa doctrina. El cristianismo es la expresión de la sublime perfección humana; el hombre es la bestia irreductible. Hacía diez y nueve siglos, catorce años y siete meses que se estaba ensayando el cristianismo en las naciones de Occidente, con el resultado de haber convertido al mundo en un torneo de malas acciones y concupiscencias simuladas, en el cual había dos clases solamente, una de explotadores apoyada por el Estado cristiano y la Iglesia cristiana y otra de explotados y oprimidos que empezaban a llenar los ámbitos de Europa con el lamento y la amenaza. Para conjurar el peligro envuelto en esos clamores, los Estados cristianos más cultos del orbe y las Iglesias cristianas desencadenaron la más necia, la más cruel, la más infundada de las guerras, cuyos anales avergonzarían al hombre de las cavernas y a las mismas fieras. Sacerdotes de las varias sectas llevaban al hombro el rifle o predicaban el exterminio en las lenguas cultas de dos continentes. Pasada la guerra el país más culto de Europa, prolongaba en Irlanda el espectáculo cristiano con escenas de barbarie y rapacidad inauditas, y en la India, matando de asfixia a los naturales en vagones destinados a las bestias, abaleando en Amritzar a decenas de miles de hombres reunidos a deliberar, y obligando durante semanas a los habitantes de una población de doscientas mil almas a andar en cuatro pies por las calles más frecuentadas. Los que ofendían el decoro natural de la especie humana con esas órdenes eran cristianos; los que obedecían contra su voluntad eran musulmanes.

Una ley ensayada en un país durante diez y nueve siglos con el resultado de dividir a los ciudadanos en clases que se odian a muerte, por que la una explota y oprime a la otra sin misericordia; una ley que suscita el crimen de la guerra como fundamento del estado social quedaría desacreditada en ese lapso de tiempo. La ley puede ser logicamente intachable y moralmente sublime; pero desde el momento en que aquéllos que la preconizan se sirven de ella en la práctica para crear la injusticia y ejercer ampliamente el estrago, lo menos que puede afirmarse de ella es que resulta inadecuada. Tertuliano dicen que dijo: «homo naturaliter christianus», el hombre es cristiano por naturaleza. La frase merecía los honores de la discusión cuando el cristianismo apenas había durado dos siglos y medio; al cabo de diecinueve siglos y cuarto el gran filósofo de la Iglesia habría sido menos perentorio. El mal no está en el cristianismo sino en el hombre. El caballo se educa y recibe la silla; es imposible domar y ensillar a la jirafa. No quiero comparar al cristianismo con la equitación. Tampoco es mi ánimo establecer comparación entre la jirafa y el hombre. La historia natural del solemne y talludo rumiante no le hace acreedor a tamaña afrenta. Me refiero tan sólo al hecho de la domesticación. La silla domó al caballo. El cristianismo, a juzgar por los cuatro años que siguieron al de 1914, no ha domesticado a esa especie zoológica designada por Nietzsche con el nombre de la bestia rubia (*die blonde Bestie*).

Un país que se precia de cristiano y señala cada año un día de noviembre para darle gracias al dios de los cristianos por conservarlo en esa fe, sacrifica de tiempo en tiempo miles de seres inocentes en las codiciadas y espléndidas riberas del Caribe para que los banqueros de New York no fallen en el cómputo anticipado de sus proventos.

Al cerrar este triste comentario me sirvo de la ocasión para expresarle de nuevo mi admiración como periodista y mi gratitud como americano por la tenaz obra de cultura y de acercamiento entre la gente hispana de este hemisferio que lleva Vd. a cabo con abnegación y firmeza iguales tan sólo al feliz resultado.

Su amigo devotísimo,

B. Sanin Cano.

Telegrama

(*Viene de la página 217*).

concertó. Mientras el patrioterismo canceroso corroía máximas inteligencias, Brandes, colocado en medio de los países incendiados, anatematizó serenamente la ceguedad y barbarie de ambos beligerantes. Sus volúmenes publicados entre el fulgor del combate, y mientras se discutía el tratado de Versalles, son proféticos y atestiguan su amor a la justicia y a la libertad, luminares que siguió imperturbablemente en su larga, accidentada y meritísima existencia. Propongo a los diarios liberales que organicen un funeral laico en honor del altísimo ingenio, insuperable crítico y exponente clarísimo de la lucha por la libertad en el siglo pasado y en el presente y servidor infatigable de la justicia. Ofrézcoles mi humilde concurso.

Sanin Cano».

Pestalozzi, fundador de la escuela popular

(*Viene de la página 216*).

la memoria, reteniendo las cosas una vez comprendidas.

Se ha invertido el orden. La serie histórica ha sido: aprender de memoria, discurrir, observar, hacer. Poco a poco, a lo largo de siglos, la vieja escuela del aprender se ha convertido en la moderna escuela del trabajo. El niño al hacer, observa; al observar, discurre; al discurrir, retiene. La escuela ha de ser taller antes que aula. El orden psicológico es: trabajo, intuición, pensamiento, memoria. Tal es la marcha de la Naturaleza.

Todo eso está ya en Pestalozzi. Hasta una reacción muy moderna, favorable al cultivo de la llamada memoria mecánica tendría en el propio Pestalozzi sus presedentes. Lo que ya sería más difícil de encontrar en él es el valor que hoy se empieza a atribuir a las cosas que el niño entiende sólo a medias, a las intuiciones vagas —ya sensibles, ya espirituales—, que no deben convertirse en conceptos definidos. No nos limitemos a dar sólo al niño lo que él sea capaz de comprender plenamente. El niño vive, cual el pez en el agua, en un mundo inexplicable, donde cada palabra, cada obra de las personas mayores encierra para él un misterio que no está llamado a descifrar.

Pero dejemos esto a un lado. Limitémonos a comprobar, en términos generales, que la nueva escuela del trabajo tiene su origen, antes que en Dewey o en Kerschensteiner, en la escuela-albergue que Pestalozzi fundara en la granja de Neuhof. No fué ella solamente una obra de misericordia, en la que el educador, entre medio centenar de niños desvalidos, se trueca en un mendigo para que los mendigos aprendan a vivir como hombres.

No. Pestalozzi se planteó en toda su profundidad el problema social del moderno industrialismo y el problema pedagógico de la unión entre el trabajo manual y la cultura del espíritu. La explotación agrícola o la maquinaria textil se convirtieron en medios educativos para la formación general de la personalidad humana. La granja de Neuhof fué una primera escuela del trabajo, a la vez que, por la heroica bondad y la abnegación piadosa de su fundador, resplandece con santos albores de Portal de Belén en la historia de la educación del pueblo.

Por todo esto, porque emprendió la obra; porque vió su hondo sentido y su trascendencia universal; porque le dió el espíritu, los principios y los métodos, puede con verdad afirmarse que es, por antonomasia' Pestalozzi el creador de la escuela popular, de la nacional y pública, conquista la más alta, la más pura, la más fecunda del siglo xix. Al cumplirse los cien [1] años de la muerte del maestro, la obra está todavía henchida de porvenir... «¡Cuán bien dormiré en mi tumba si consigo unir la naturaleza y el arte en la instrucción del pueblo, tan íntimamente como ahora están violentamente separados!...»

No habría creado Pestalozzi el nuevo tipo de escuela si no hubiera creado también, con su ejemplo mismo, el nuevo tipo de maestro. «¡Quiero llegar a ser maestro de escuela!...» Veamos, por un momento, cómo entendió el profesorado ese hombre que, ya maduro, ya con una cultura universitaria, ya famoso en su patria y en Europa, aspiraba, como a cosa difícil, a llegar a ser maestro de escuela primaria.

Para ello, reunió en su persona, por manera admirable, estos tres elevados caracteres: fué un filósofo, fué un filántropo, fué un profesional de la pedagogía. Vino a la

1. Nota del E. de *R. A.*—Pestalozzi murió en Brugg, el **17** de febrero de **1827**, a las siete de la tarde.

especialización profesional, descendió hasta los últimos detalles prácticos de la labor profesional, precisamente porque antes se habían formado en él una mente de pensador y un corazón de apóstol. Mas con estas dos excelsas cualidades, el autor de la novela *Leonardo y Gertrudis* y de *Mis investigaciones sobre la marcha de la Naturaleza en el desenvolvimiento de la Humanidad* no habría pasado de ser un publicista estimable si, luego, una labor profesional, que duró hasta el fin de su vida octogenaria, no hubiese concretado y encauzado sus vagos anhelos reformadores convirtiéndole, a la vez que en un maestro de escuela, en la figura más completa de toda la historia de la pedagogía.

En primer término, Pestalozzi fué un filósofo. No hace falta ya rectificar la falsa interpretación de un Pestalozzi tan lleno de ternura y de amor como escaso de luces intelectuales. Es el propio autor de *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos* el que, con sus humildes y exaltadas confidencias, ha facilitado esa interpretación equivocada, como fué el mismo Rousseau quien, con sus desnudas *Confesiones*, ofreció el arsenal que aun no han acabado de agotar sus enemigos.

«Realmente—dice Pestalozzi en su primera carta a Gessner—yo no sabía (a los cincuenta años) escribir correctamente, ni leer, ni contar». Si esta declaración, tomada al pie de la letra, no fuera absurda en uno de los más célebres escritores de su tiempo, bastaría recordar simplemente sus estudios oficiales, secundarios y superiores, de latín y griego, matemáticas o filosofía, cursados en el «Collegium humanitates» y el «Collegium Carolinum» de su ciudad natal. No. El autor de *Mis investigaciones*, libro de elevada filosofía política, era un pensador notable; confuso a veces; genial, otras; estimado y admirado por los demás pensadores de la época, un Humboldt, un Herder, un Wieland...

Verdad es que, como él mismo explicaba, su alma vivió siempre envuelta en «una cierta penumbra», esclarecida, a veces, cual por relámpagos de inspiración, por algunas «intuiciones inmensas...» Quizás por esto dijo de él Fichte: «La idea, el pensamiento de Pestalozzi es infinitamente más e infinitamente mayor que Pestalozzi mismo, como ocurre siempre con toda idea verdaderamente genial en relación con su aparente creador. No fué él quien pensó la idea, quien la hizo, sino que la pensó en él la eterna Razón, y es luego la idea la que va haciendo al hombre...»

A la vez que un filósofo, hay en Pestalozzi un filántropo, un apóstol, un santo, un bienhechor de la Humanidad. En esto no hace falta insistir, porque es de todos conocido. «Y en medio de las burlas de los hombres que me despreciaban; en medio de sus recias voces que me decían: «¡Miserable! Tú, que para bastarte a ti mismo, te hallas en peor situación que el último jornalero, ¿te figuras que puedes socorrer al pueblo?»...; en medio de este apóstrofe desdeñoso que leía en todos los labios, el ímpetu de mi corazón aspiraba a un solo y único fin: cegar las fuentes de la miseria en que, a mi alrededor, veía al pueblo sumergido...»

Para lograrlo, el filósofo, el filántropo junta a estas dos condiciones una tercera: se hace pedagogo, profesional de la educación. Y es entonces el maestro que, infatigablemente, ensalzado o combatido, con medios o sin ellos, en la holgura o en la miseria, sano o enfermo, abriendo una escuela cuando se le cerraba otra, concentra la salvación del pueblo en la enseñanza de un grupo de niños y busca en la enseñanza de esos niños el camino para la salvación de todo un pueblo; contrastando las teorías con la práctica cotidiana y mejorando cada día la práctica con la inspiración de las teorías...

Así nació la escuela popular. Fruto de una asidua labor profesional, engrandecida por la filosofía y circundada de una aureola de santidad. Sin estas tres notas, la tarea escolar valdría poco. No es necesario, claro está, que cada maestro sea un gran pedagogo, un filósofo y un apóstol. Pero si no tiene un poco siqniera de cada una de estas tres cualidades, si no posee, en cierta medida, una seria preparación profesional, una tendencia a meditar sobre los problemas generales y un sincero entusiasmo por el bien público y el progreso moral de su patria y de la sociedad entera, enseñará mejor o peor las primeras letras, pero no será nunca un verdadero maestro.

Próximo a morir Pestalozzi, en la fecha cuyo centenario conmemoramos ahora, sus últimas palabras fueron dignas del educador, del filósofo y del santo. «Hubiera querido vivir todavía unas semanas para terminar mis postreros trabajos, pero doy las gracias a la Providencia que me saca de esta vida terrenal...» «Perdono a mis enemigos y les deseo la paz, ahora que entro yo en la paz eterna...» «A mis amigos les pido que no me olviden y que empleen sus energías mejores en continuar, después de mi muerte, los fines a que consagré mi vida...»

Recojamos nosotros todos, amigos de Pestalozzi, ese testamento espiritual, al cumplirse ahora el centenario de su muerte. Dediquemos generosamente nuestras mejores energías a proseguir la obra que llenó la existencia, doliente y gloriosa, del fundador de la escuela popular.

LUIS DE ZULUETA

(Revista de Pedagogía. Madrid)

No podemos callar ante tanta infamia

Miraflores, 22 de marzo de 1927.

Señor

Joaquín García Monge

San José de Costa Rica

Mi muy estimado señor y amigo:

Acogido a su benevolencia, el asesino de mi hermano Edwin ha invocado la libertad de imprenta, que él no supo tolerar para las cuatro verdades que mi hermano le dijo y de la que ha abusado al publicar su inmunda hoja *La Hoguera*, pretende contestar al penalista español Jiménez de Asúa, aun cuando no hay nada que contestar en la opinión que del crimen se haya formado a fondo un técnico especial y que ha creído conveniente dar a conocer. Pero como en la carta que a usted dirige el criminal dice, como acostumbra, una serie de falsedades y ruindades muy suyas, me dirijo a usted para rectificarlas.

Si no la causa directa de la muerte de mi hermano fué su escrito, fué la indirecta, puesto que fué el valor de escritor de enfrentarse a quien por sus actitudes sólo merecía el más grande desprecio. Lo hizo para acallar una vez por todas esa voz meliflua que pretendía imponer sus métodos y porque él mismo puso en debate el punto pidiendo la discusión. No pudiendo refutar las afirmaciones de mi hermano como tampoco las de Vasconcelos, sobre su persona puesto que las ideas políticas no había de discutirlas como no las discutió cuando en época anterior las expuso el maestro mexicano a la juventud de América en su mensaje a los trujillanos, y no pudiendo insultar a mi hermano personalmente, se le ocurrió el crimen y entonces en vez de pedir la explicación refutando en otro escrito los asertos de Edwin, prefirió insultar la memoria de quien fué estimadísimo en la sociedad en que vivió, se puso el revólver en el bolsillo para al verse agredido como de todos modos tenía que suceder, consumar el delito para comenzar a fraguar inmediatamente su desgraciada defensa.

Respecto al origen de los escritos de Jiménez de Asúa me veo obligado a referirle a usted cual fué. Cuando el profesor de la Universidad de Madrid pasó por Lima después del crimen le dejé en su alojamiento, sin verlo, el primer folleto que publiqué. Desde la Habana en su regreso a España me escribió agradeciéndome el envío y ofreciéndome escribir como técnico que es sobre el crimen. Para que no olvidara su oferta le envié cuanto en Lima se publicó al respecto, aún *La Prensa* y copia íntegra del proceso en donde están las vergonzantes declaraciones del asesino, contradictorias unas de otras. Así fué que sólo cuando estuvo bien empapado de todo ello, Jiménez de Asúa escribe, después de haber sufrido los vejámenes del Dictador de España, lo que también retardó la aparición del escrito.

Como el asesino todo lo hace por dinero, como fueron sus versos para el centenario de Ayacucho, según él mismo dijo a *El Tiempo* en carta reproducida en la Argentina con el título de *Tribulaciones de un poeta cartaginés*, (sin comentarios) y como no sabe hacer otra cosa (fuera de adular a

los poderosos), hay que comprender que crea o mejor dicho, que pretenda hacer creer que *El Comercio* ha inducido y pagado esos escritos que yo reproduje en hojas sueltas después de su aparición en Madrid y en París, en *La Libertad* y *La Raza*, aunque no suprimí las partes tachadas por la censura de España, puesto que el gran Jiménez de Asúa me envió los originales con una muy amable carta. Sólo después de saber que yo iba a propagar, como lo he hecho en toda América, esos escritos, fué que el asesino logra que *El Tiempo* publique uno de los escritos en la forma que a él le interesaba.

Qué fácil sería para *El Comercio* reproducir cuanto con firma responsable se ha escrito sobre el asesino, (algún día lo haré yo, por lo cual ruego a quien esto lea me envíe todo cuanto al famoso poeta se refiera en su desgraciada vida), pero tal es el desprecio que creo se le tiene en esa imprenta y conocen tan bien su triste vida de esclavo en que se encuentra, que su libertad es para él una pena, y no le hacen el menor caso.

Tocante a los actuales miembros de la sociedad sobrevivientes de Arica, aparte de que ninguno de ellos con su firma y en vida de mi padre han repetido semejante infamia, bástame decirle que no todos son sobrevivientes de Arica y que otros, como el titulado coronel Mierdardo Cornejo, no asistió a la batalla como se dice en su foja de servicios, y que nada pueden decir en contra de lo aseverado por los jefes que informaron en el expediente de reconocimiento de servicios de mi padre en la guerra, así como tampoco por lo que cuenta la historia de M. F. Paz Soldán, tan recomendada por todo el mundo.

Mucho ha repetido el asesino diciendo que no hace sino contestar a los que quieren «explotar un cadáver», pero no se fija que el origen de nuestra intervención fueron sus infamias después del crimen, comenzadas en su primera instructiva, seguidas en la prefectura dirigiendo cables canallescos a sus amigos y pidiendo cartas a menguados y serviles que lo apoyan. Nosotros no sentimos por él sino el más profundo desprecio, pero no podemos callar ante tanta infamia.

Basta para nosotros la sentencia en la que se trasluce la presión del poder. Puede seguir el miserable su vida arrastrada en libertad, después del dictamen del Fiscal de la Corte Suprema Dr. Heraclides Pérez, que opinaba por la no nulidad del fallo, lo que motivó a que se apresurara el proyecto del Gobierno para cortar el juicio, no para anular la sentencia; proyecto que fué aprobado en Diputados después de tres sesiones con verdadera repugnancia, pero que tenía que ser aprobado por su origen, y rechazado en Senadores para salir al día siguiente de allí sin cumplir el reglamento interno de la Cámara, para que a los pocos días se le pusiera en la calle.

Ruego a usted la publicación de la presente con los documentos cuya copia le incluyo esperando no tener que molestarlo más, puesto que no hay derecho de ocupar sus columnas con provocaciones de quien no merece sino el desprecio de la gente honrada después de haber escrito la famosa carta del 31 de octubre dirigida a Edwin, aun cuando no hubiese cometido el crimen en pleno día y en el Hall de una imprenta a donde fué exprofeso. Sus cínicos desahogos no merecen la hospitalidad de quien cumple un gran deber americanista como es el suyo en el gran Repertorio Americano.

Lo saluda con todo cariño y afecto su atento y S. S.

T. Elmore Letts

Párrafo de uno solo de los informes en el reconocimiento de servicios del Ingeniero T. Elmore en la guerra con Chile:

«Consta al suscrito como a todos los miembros de la comisión, que el recurrente don Teodoro Elmore, fué hecho prisionero a consecuencia de haber desempeñado con el teniente don Pedro Ureta, la peligrosa comisión de poner fuego y hacer estallar unas minas colocadas en el río Chacalluta, el 2 de junio de 1880, día en que la caballería chilena ocupó ese lugar, y en la cual AMBOS COMISIONADOS SE DESEMPEÑARON CON VALOR Y A SATISFACCIÓN DE LOS JEFES DE LA PLAZA. Comprueba estos hechos lo que constata el precedente certificado, y a mayor abundamiento, los informes de fojas 2, expedidos de orden de la Dirección de Guerra, por el capitán de fragata don Manuel I. Espinoza, coroneles don César B. Villa y don Francisco Chocano y por el ex-auditor General de Guerra doctor Alfredo Gastón».

(f.) M. C. De la Torre

Jefe que fué del Estado Mayor del Ejército que defendió Arica.

Lima, mayo 27 de 1890.

Párrafo de la carta del Dr. Aurelio Sousa, miembro del partido Demócrata, diputado a Congreso de oposición al gabinete que presidía el Dr. Alejandro Deustua (Director hoy de la Biblioteca Nacional) y del que formaba parte como ministro de Fomento el Dr. Teodoro Elmore:

«...tengo el agrado de decir a usted que he leído con la debida atención, los documentos a que se refiere usted y que ellos me han proporcionado la satisfacción de venir en conocimiento de que está usted AMPARADO POR EL TESTIMONIO DE PERSONAS DE MUCHA AUTORIDAD EN LA MATERIA, para que las dudas respecto a su conducta en el combate de Arica, de que he participado, pudiesen subsistir, apoyadas en el rumor público.

De Ud. con la mayor atención su affo. S. S.,

(f.) A. Sousa

Párrafo de una carta de Francisco García Calderón:

«En cuanto a nuestro tío Teodoro, conservamos el recuerdo de sus virtudes y de su fe. En casa, nuestro padre nos habló siempre de él con profundo afecto y aprecio de su patriotismo, de sus cualidades de hombre de acción, de su consagración a diversas e importantes tareas. Hemos crecido considerándolo como ejemplo de las más sólidas virtudes. Las acusaciones que contra él se elevaron, fundadas en el testimonio de historiadores enemigos, han sido tan completamente refutadas que nunca nos ha parecido que debían y podían ser tomadas en consideración.»

Te abraza tu primo affmo.

(f.) F. García Calderón

El Dr. Francisco García Calderón (padre) fué presidente del Perú y por muchos años Rector de la Universidad de San Marcos.

Nota.—Tendré sumo gusto en mandar a quien me lo solicite el folleto publicado por mi padre en 1902, reproduciendo parte del que vió la luz pública en 1883, defendiéndose de la calumnia; el reconocimiento de sus servicios por el Estado; los folletos relacionados con el juicio del asesinato de mi hermano; la acusación civil, copia litográfica de la inmunda carta del criminal; y el folleto que publiqué en el primer aniversario de la muerte de Edwin, conteniendo su estudio sin terminar sobre Chocano y Lugones y los escritos del penalista Jiménez de Asúa. Muy agradecido quedaré al que me envíe cuanto de Chocano se haya escrito en pró o en contra.

T. Elmore Letts

Av. Progreso, 201.
Miraflores. Lima, Perú.

Las mujeres que Jesús miró

=De *La Nación*. Buenos Aires=

I

Los lirios vestidos por el Señor

No parece que Jesús, como lo piensa la Iglesia Romana, conociera todos los designios del Señor. Al revestirse con el humano lodo, faltó al Hijo, y esta fué su primera inmensa tristeza, la omnisciencia que sólo hay en las regiones de arriba. Por eso le maravilló, en Capernaum, la fe del centurión cesáreo, que deploraba su bajeza y creía en Él. Y los cronistas evangélicos, ¿no nos cuentan que levantó su imploración para que se iluminaran sus dudas y sus angustias? Creyó posible, además, en el huerto de Gethsemaní, apartar de sí las amarguras supremas. Un ángel tuvo que bajar para reconfortarle. Clavado en la cruz, imaginó, por las tinieblas de su espanto, que le había abandonado el Padre. Y también, con la turbación de su carne, pidió que no cayera sobre sus verdugos la justicia, que tan ciertamente merecían ellos, y clamó para salvarlos: «Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen».

No, Jesús no podía escrutar desde la tierra los pensamientos de Dios. Pesaba sobre su corazón la obscuridad del hombre. Ir con las miserias y también con las pobres dulzuras del hombre fué condición de su existencia redentora.

Por eso, cuando Él hallaba, en su andar de bienaventuranza, una mujer con gracia de alma y con ensueño en los ojos, se preguntaba si el Señor, su Padre, le prohibiría acercar a los labios la copa transitoria del amor terrenal. La flor de loto no se contamina con el agua de fango que la sustenta. Otras cosas humanas también gustaba, sin levadura del mal, sin turbación de pecado. Gustaba, en las tardes cálidas, la frescura del sicomoro, bebía en bodas vino de alegría, dulzura de afecto lo unía a la familia amiga de Bethania. Pero el Padre celeste no disipaba la duda del Hijo, y la duda era pesadumbre de su encarnación. El demonio, al trasportarlo sobre el monte, y sobre la techumbre del templo, le había tentado con visión de poderío, con imagen de vanidad y pecados inicuos, pero no le había tentado con mujer. Y Jesús pensaba, por eso, que aquellas mujeres con ensueño en los ojos y gracia de alma eran como la sombra del sicomoro, como el vino de las bodas y como la amistad de Lázaro, hermano de María. Meditaba, luego, sin embargo, que convenía no quitar espinas a la corona de su martirio. Las otras dulzuras no le apegaban a la vida; le tocaban solamente, como la claridad del sol y la blancura de la luna tocan las aguas del lago, en el espacio de algunas horas y se van luego. Pero había vértigo de hondura en el amor de la mujer, que hizo cometer a David el crimen de Urías y prosternó a Salomón ante el altar de los dioses infames. Bien que el demonio no le hubiese tentado con mujer, Jesús no quiso labios de amor para sus labios.

Y andaba Jesús con su espíritu en la carne del hombre, pero sin perder la memoria de su Reino.

Y le seguían, con sus discípulos, algunas mujeres: Juana, mujer de Kouza, intendente de Herodes; y Susana, que le servía con su hacienda, y Salomé, la madre de Juan, y María la de Magdala, y otros.

A la orilla del lago Tiberiades, a la hora de la tarde, oía El a su Padre, y por sus labios descendía a la tierra la noticia celeste, de la Verdad y de la Vida.

Cuando subió al monte, juntando sus discípulos, comunicó las palabras más claras de la Revelación, palabras que hacían llorar. Y les enseñó también, con figuras de cantar, el olvido de los trabajos terrenos; les enseñó a despreciarlos. Porque nada vale afanarse por cosa mortal. Y en la tarde la hermosura de sus palabras subía, volando de su boca, y ya no eran cosa de la tierra. Y les decía Jesús. «Y por el vestido, ¿por qué os acongojáis? Reparad en los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan ni hilan. Pero ni aun Salomón con toda su gloria fué vestido como uno de estos lirios».

Y eran también lirios, vestidos por el Señor, las mujeres que seguían a Jesús.

II

La Samaritana

Empezaba el Hijo del Hombre a predicar. Pero no había dado aún otras señales de su gloria que cambiar en vino el agua de las tinajas, en las bodas de Caná, ni cumplido actos de escándalo para el fariseo sino echar del templo, con azote de cuerdas, a los que allí vendían bueyes, ovejas y palomas.

Una tarde, volviendo con sus dicípulos a Galilea, pasando por Samaria, llegaron a las afueras de una ciudad, en el sitio en donde estaba el pozo de Jacob. Junto a la fuente se sentó Jesús a descansar, mientras sus discípulos entraron en la ciudad para comprar de comer.

Era como la hora sexta y una quietud bajaba del cielo para el alma fatigada del Redentor. En todos aquellos días su palabra había llenado de claridad la Sinagoga, con asombro de sus príncipes, y Juan el Bautista, interrogado maliciosamente por gente amiga de rencillas, había declarado que Jesús era el Hombre anunciado por él en el desierto.

Después pensó con tristeza en sus paisanos de Nazareth, que dudaron de su Revelación, porque le habían conocido pequeño, y murmuraban: «¿No es éste el hijo del carpintero José?»

Pero también su madre y sus hermanos dudaban de El, mirando con recelo su predicación. Por eso cuando vinieron a decirle, mientras enseñaba: «Ahí afuera están tu madre y tus hermanos que buscan hablarte», declaró a sus discípulos la sentencia de su congoja: «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? Vosotros sois mi madre y mis hermanos».

Y como sintiese hambre, miró el camino que bajaba hasta el pozo de Jacob, desde la ciudad, por ver si regresaban sus discípulos. Pero vió venir, en cambio, a una mujer con el cántaro sobre el hombre y el brazo desnudo alzado para tener el cántaro por el asa. Vestía túnica rica, de colores, y su cabello trenzado le adornaba los hombros. Y era hermosa y sonreía entre sí.

No saludó a Jesús, porque los samaritanos no se trataban con los judíos, antes bien había odio entre ellos. Y bajó su cántaro, lo llenó en la fuente y miró al Maestro con desdén.

Pero el Cristo sintió piedad, y también deseos de conversar con ella.

—Dame de beber, le dijo.

La samaritana se maravilló.

—¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana?

Entonces Jesús quiso darse a conocer y señalarle el Reino de los cielos.

—Si supieras quién es el que te pide de beber, tú pedirías de él, y él te daría agua viva.

Y como ella entendiese algo de su intención, se maravilló más y le dijo:

—¿Eres tú mejor que nuestro padre Jacob, que nos dió este pozo, del cual él bebió, y sus hijos, y su ganado?

Pero Jesús discurrió, para que la mujer entendiera que luego de beber el agua de aquel pozo, cualquiera volvía a sufrir la sed, y que él tenía un agua nueva, no conocida de las gentes, agua para vida eterna.

La samaritana sonrió, como sonreía a los hombres.

—Dame, pues, de tal agua, le dijo, para que no tenga sed, ni venga acá a sacarla.

Y creyó que le hablaba él con sabiduría, y con ingenio, para enamorarla. Y buscó que su sonrisa entrase en el corazón de Jesús. Porque siendo mujer de caprichos, le nacieron deseos de enloquecer al judío.

Pero Jesús conoció su pensamiento, y para destruir su malicia, le dijo:

—Ve, llama a tu marido y vuelve acá.

—No tengo marido, le respondió la Samaritana, para mostrar su intención de seducirlo.

—Bien has dicho, porque has tenido cinco maridos ya, y el que ahora tienes no es tu marido.

—¡Pareces profeta!—exclamó la Samaritana.—Y dejando su cántaro en la piedra de la fuente se sentó al lado del Maestro. Y el Maestro le explicó la Verdad que traía de su Padre Celeste, que no conocían los hijos de Jacob, ni los otros hombres de la tierra, el agua viva que quitaba la sed de la tierra y la sed del espíritu.

Y como entraba la Verdad en el corazón de la mujer, ella desechó todo mal pensamiento, y dejó de sonreir entre sí. Una mansedumbre que no era de su vida le tomó el alma. Y por entender mejor a Jesús adujo luego:

—Sé que el Mesías ha de venir; cuando

El venga, nos declarará todas las cosas. ¿Tú, acaso lo anuncias, como Juan?

—Yo soy el Mesías.

Pero ella no pudo creerle, porque no se pensaba digna de sentarse en la piedra del pozo al lado del Mesías. Ella tenía, sin embargo, una sed que no estaba en su boca, ni en su carne, ni en el ardor de su lujuria.

Y regresaron a la ciudad los discípulos, trayendo las viandas. Y se sorprendieron mirando, desde lejos, a la Samaritana.

—¿El Maestro habla a solas con mujer?

Y murmurando entre ellos, y algunos burlándose, consideraron si convenía acercarse o si demorarían hasta que ella se marchase.

Pero Judas tenía prisa de echarse sobre la hierba, para comer, y para beber el vino rojo. Y se enojaba contra Pedro. Entonces llegaron hasta Él. Pero ninguno le preguntó qué había hablado con la samaritana.

Ella, en la ciudad, declaró las cosas oídas a Jesús. Pero hicieron burla de sus noticias, porque era mujer de mala fama.

—Quieres vanagloriarte de que aun para los judíos eres preciosa, y así nos hablas con misterio de ese hombre.

—Id a verlo, que sentado está todavía junto al pozo de Jacob.

—Sí, quieres que vayamos hasta allí, para decirnos luego: «Tomad, ahora se ha marchado, pero aquí se detuvo, y conversó conmigo, para enamorarme».

Y alguno añadía con mofa:

—Si el Mesías viniese no había de buscar la compañía de una mujer como tú, que ha tenido nueve maridos y vive ahora con hombre. Antes hubiera entrado en la ciudad para hablar con los príncipes de ella; y las mujeres de los príncipes hubieran besado la orla de su manto.

Y ella se desesperó, porque sólo algunos pocos le prestaron fe. Pero éstos fueron y regresaron diciendo: «Son judíos pobres que van de camino, como tantos, y sin duda uno de ellos ha gustado de esta mujer».

Entonces ella, escondiéndose, lloró. Pero en alegría se trocaron su soledad y su llanto, porque sintió que se le aliviaba aquella sed que no estaba en su boca ni podía apagarse con el agua fresca del pozo de Jacob, ni con la satisfacción de su lujuria. Y comprendió que el viajero le había dejado en el pecho un manantial de agua clara.

Los discípulos de Cristo, entretanto, decían, rogándole:

—Rabbí, come.

Y Pedro le habló aparte, porque estaba inquieto, por el silencio del Maestro, y le dijo:

—Mal hicimos allegándonos cuando conversabas con la Samaritana. Yo volveré a la ciudad, y la buscaré, y vendré con ella aquí. Y yo sé que no te quedará mancha alguna.

Pero Jesús lo miró como lo miraba cada vez que Pedro no podía entender las cosas del Reino de Dios.

—Cuatro meses—le dijo—faltan para la siega. Pero yo te digo: «Alza los ojos y mira a las regiones de arriba, porque ya están blancas para la siega».

Porque había ya señales en los cielos que anunciaban la angustia del Cordero, y su muerte, y la Resurección, y luz grande en el alma de las gentes que quisieran seguirle.

III

María la de Bethania

A veces bajando de Jerusalén, iba a la casa de Lázaro, en Bethania. La Iglesia Romana, después, cuando hubieron pasado los siglos, juntó en una sola a María de Magdalena y a María hermana de Lázaro, que vivía sin pecado carnal, en casa bien ordenada por los cuidados de Marta. Y los tres vivían con modestia, en su heredad, que tenía huerto y viña de fresco sombra. Y no se asemeja el alma de María la de Bethania al alma de la Magdalena, ni al alma callada de la otra, la que ungió a Jesús con ungüento fino de Arabia.

Y cuando estaba Jesús en la casa de Lázaro, había un resplandor, y su presencia enriquecía la tarde, y por Él se alegraba la sombra de la viña. ¿Y no era mejor su palabra que música de guzlas y de flautas en festín de bodas? Era su palabra mejor que la vida.

María se sentaba a los pies del Maestro, Mientras Marta trabajaba afanosa, sin descansar, para la hora de la cena.

Porque María le amaba tanto que no pensaba en la sed ni en el hambre del Maestro, ni en la propia hambre, cuando le oía. Ningún cuidado tomaba de cosas terrenas. Inclinaba la cabeza para escucharle, y cruzaba las manos en la falda. Llenaba las horas la palabra de Jesús, hasta que el sol bermejo se rompía en las hojas de la viña y vestía de oro el camino de Jerusalén y el muro largo de la ciudad.

Y Jesús miraba a María con tristeza. Y más que la tarde por el sol, embellecía el semblante de María por la Buena Nueva.

Pero pensaba Jesús, dudando, que no convenía a sus labios la copa honda del amor terrenal.

Y apartando los ojos recordaba su Reino.

IV

La Magdalena

Mucho había crecido la fama de Jesús, en Judea, y en toda Galilea, y en la tetrarquía de Felipe, y predicó por primera vez en la sinagoga de Magdala. Allí moraba María, mujer disoluta, de gran lujuria, siete veces demoniaca. Sus siete demonios la enloquecían, quitándole el sueño y crispando su cuerpo. Y su cuerpo encendía el fuego en el pecho de los varones. La gracia de su semblante y la cadencia de su andar iban sobre los corazones como música de arpa. Cuando abría los brazos y la túnica resbalaba de sus hombros, relucían los brazaletes de oro, y las ajorcas de oro de sus tobillos; sus cabellos tupidos se soltaban como lumbre de tentación sobre la blancura de sus flancos. A veces los siete demonios llenaban su boca de espuma y sus ojos con lágrimas de fuego. Pero pasaba su furor y entonces la gracia de esta mujer prevalecía sobre la ira de los siete demonios; su gracia era en ella como luz que brilla sobre la furia de las olas, como luz que no se destroza en la furia de las olas.

Y el escándalo de María Magdalena se derramaba en Judea y en Galilea, hasta la tetrarquía de Felipe. Y también hombres ricos de Jerusalén, castigados en su carne por la memoria de su hermosura, atravesaban el país de los samaritanos para llegar hasta ella.

Y María Magdalena supo que Jesús decía palabras duras contra los príncipes de los fariseos, anunciando otro Reino y obrando prodigios.

Y como sentía gran deseo de milagro, buscó a Jesús.

Pero el Maestro salía de la Sinagoga rodeado por la multitud, y no la dejaban acercarse a El, para que no tuviera escándalo por la disoluta. Porque se decían así: «Si Jesús enrostra vicios a los fariseos, que son hombres de virtud, ¿qué palabras de ira lanzará contra esta mujer? No conviene afligirle con el espectáculo de su abominación».

Ella callaba, esperando verlo.

Y otro día le vió que venía por el medio de la calle. Y la calle estaba blanca del polvo y del sol. Y se asombró de verle venir vestido con túnica ordinaria, manchada con el polvo, y calzando sandalias atadas con tiras groseras. Estaban con él sus discípulos y la mujer de Kouza, y Salomé, madre de Juan, y las otras, y atrás una multitud. Y sólo vió que la mano de Jesús se levantaba como una paloma en su ademán.

María Magdalena quería hablar a Jesús, quebrantarle el corazón, y luego hacer mofa de los hombres y de las mujeres que la habían echado con insultos en las puertas de la Sinagoga. También tenía deseo de milagro.

Pero cuando El estuvo cerca, sintió que un fuego encendido le quemaba la lascivia de las palmas y en los párpados, y en la carne de sus flancos. Y gritó, porque los demonios, en sus entrañas, querían apartarla, por huir la presencia del Cristo.

Y uno de los demonios, como no pudiese resistir la claridad del Cristo, se salió de ella. Y luego de hablar a la disoluta palabras de mansedumbre, Jesús le echó del cuerpo otro espíritu maligno y siguió por la calle con sus discípulos.

Pero María Magdalena no pudo seguirle, y en varios días se destrozó el alma y luchó, revolviéndose entre los garfios de los demonios que la poseían. Y se irritaba contra los hombres, y ya no podía buscar a Jesús.

Y le vió venir otra vez por el medio de la calle, con la túnica manchada de polvo, y las sandalias groseras, y su mano alzarse como una paloma en el ademán. Pero la calle blanca por el sol y todas las casas de la ciudad se movieron prodigiosamente a los ojos de María Magdalena, y parecían alzarse en los aires, alrededor de Jesús. Y

Este, viniendo hacia ella, traía una claridad. Toda la ciudad entonces se aquietó, toda la ciudad estaba regocijada y humillada en dulzura de silencio. Toda la ciudad de Magdala, con sus huertos y sus viñedos era humilde a los pies de Jesús.

Y la mujer magdalena le siguió, y fué amiga de Salomé, de Susana y de las otras, y lloraba su culpa. Pero en su alma nacía una planta nueva, nutrida con agua viva. Algunos de los discípulos de Jesús le aborrecían secretamente. Y muchas gentes de Judea murmuraban: «El Mesías no hubiera puesto a esta mujer por encima de los príncipes de la Sinagoga». Y no creían en El, a pesar de sus milagros. Los que habían sido sus amantes, buscándola se acercaban a ella, curiosos de saber si fingiría desconocerlos, o si los miraría con aborrecimiento. Pero María Magdalena les miraba el alma. Y como ellos advertían en su semblante otro semblante, la desconocían, y no podían sus bocas decir las palabras que habían meditado.

Y ella entendía la palabra del Maestro mejor que Marcos el publicano, y que Pedro mismo. Cuando predicaba entre la multitud, El miraba la humildad de María Magdalena, que le escuchaba cubierto el rostro con los cabellos, y llorando, y sintiendo una necesidad de ángeles.

V

La mujer adúltera

Nunca tenía el Maestro sentencia de condenación, ni de severidad, para las mujeres menospreciadas por los hombres. Su palabra hería, como azote de cuerdas, los corazones empedernidos por el orgullo, y a los injustos, y a los que tenían vanagloria de virtudes, blancura de sus sepulcros. Pero blando era para las mujeres que traían ensueño en los ojos y ternura de alma, aun cuando las encontrase caminando envueltas en sombra de pecado. Para perdonarlas se rompían entonces en sus manos de piedad las veneradas Tablas de Moisés, viejas de siglos.

Estaba solo, bajo el arco de Salomón, cuando le trajeron a la mujer adúltera. Caminaba ella con la túnica desgarrada y sin sandalias, llena de pánico, como la oveja cuando ve brillar la cuchilla del carnicero. Caminaba cubriendo su rostro con las manos, empujada por los hombres. Y se arrodilló para morir por el golpe de las piedras, que le abrirían las carnes. En los hombres que la empujaban había saña, y odio, y grande orgullo, asimismo, porque cumplían la ley. Como lobos eran sus almas fieras.

Y venían henchidos de malicia, porque conocían la dulzura de Jesús, y se dijeron: «Si éste la absuelve, pecará».

Hablaron, pues, a Jesús.

—Esta mujer ha sido tomada en el mismo hecho, cometiendo adulterio. En la ley de Moisés se nos manda apedrear a las tales. Tú, pues, ¿qué dices?

Jesús, entendiendo la malicia, se turbó. Porque no quería condenar a la mujer que gemía pregustando las angustias de la muerte. Antes bien, sentía gran piedad y deseo de ampararla, y también odio contra los malévolos que habían alzado piedras para matarla.

Y he aquí que los lobos eran los jueces. Y aunque Jesús hubiese apartado de sí la copa de amor terrenal, conocía el perdón para los extraviados por ebriedad de la carne y por caimientos de alma. Látigo de cuerdas tenía para los duros de corazón y para los orgullosos de su virtud, que mataban a la adúltera, aguardando premio de Dios.

Y como ellos tornasen a interrogarle, Jesús, inclinándose, escribía en la tierra con el dedo, sin responderles.

Pero ellos insistían, acosándole.

Y he aquí que Jesús, enderezándose, les dijo: «El que de vosotros esté sin pecado, que arroje la primera piedra».

Entonces todos, desde el más viejo hasta el más jóven, avergonzados, se marcharon del Templo. Y detrás de ellos se marchó también un hombre que no había alzado piedras, y era el marido de la adúltera. Este iba con gratitud para el Maestro, por haber librado de la muerte a su mujer.

Y Jesús, viéndola sola, le preguntó: «¿Dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?».

Y ella dijo: «Señor, ninguno».

—Ni yo te condeno; ve, y no peques más.

Y Jesús se quedó solo, con un deseo de llanto. Porque el dolor y el pecado de aquella mujer le ataban a la tierra.

La adúltera, marchándose, pensaba en el hombre que la había librado de los lobos. Y entrando en su casa, aguardó que llegase su marido. Pero no temía su enojo, ni su saña. Antes bien, salió a recibirlo con júbilo, como si no hubiese cometido adulterio. Porque un espíritu le hizo hablar a su marido, y repetirle las palabras que le había dicho Jesús.

El júbilo le hacía sonreir y exclamar: «¡Ha perdonado mi falta! ¡Ha perdonado mi falta!»

Y el marido se maravilló, sintiendo que en su casa, entristecida por el adulterio, nacía una claridad. Y la claridad le entraba a entrambos en el corazón.

VI

La hija de Jairo

Cuando Jairo, príncipe de la Sinagoga, conoció que su hija única moría, desechó toda la falsa sabiduría con que él y los otros condenaban al Rabbí galileo. Arrojó su orgullo y su temor al desprecio de los príncipes de la Sinagoga. Corrió a las afueras de la ciudad, donde Jesús acostumbraba recibir las a gentes y predicar. El pueblo se apretaba al rededor de Jesús. Y los discípulos, cubiertos de sudor y de polvo, luchaban para contener la multitud.

Y he aquí que apareció Jairo, y todos se apartaron. El príncipe de la Sinagoga se arrodilló, y besando las manos de Jesús le suplicaba que fuese con él y entrase en su casa.

Estaba todavía suplicando cuando un sirviente llegó corriendo a decirle:

—Ha muerto tu hija, no des trabajo al Maestro.

Pero Jesús dejó la multitud y entró en la casa suntuosa de Jairo. Y no dejó entrar a nadie consigo, sino a Pedro, y a Juan, y a Jacobo. El padre y la madre de la moza lloraban. Y empezaron a llorar también los tres discípulos de Jesús, por la juventud y la belleza de la hija de Jairo.

Y luego todos se maravillaron, porque dijo Jesús:

—No lloréis; no ha muerto, duerme.

Se maravillaban de que Jesús no conociese que estaba muerta. Y algunos entre sí se burlaban.

Pero Jesús se acercó al lecho y miró la rigidez y belleza de la pequeña muerta, mientras lloraban todos. Y soñó. Su espíritu se acordaba, por la hija de Jairo, de los lirios vestidos más finamente que Salomón en la magnificencia de su gloria. Y vió que la muerte no había tocado la hermosura con que la había vestido Dios.

Y Jesús dejó de soñar, y tomando la mano de la moza muerta, le dijo: «Levántate».

Y el lirio se incorporó y vivió.

VII

Ungido con lágrimas y nardo para la sepultura

La hora de las tinieblas estaba cerca de Cristo cuando el fariseo Simón le convidó a banquete en su casa. Manjares y vino puso delante de El, y le hizo servir como a hombre rico. Pero no le dió beso de bienvenida, ni agua para los pies.

Y una mujer, cuando estuvieron todos sentados a la mesa, una mujer que había sido pecadora en la ciudad, entró trayendo un alabastro lleno de ungüento de nardo líquido, de gran precio. Y arrodillándose detrás de Jesús rompió el alabastro, y comenzó a llorar, y a limpiarle con lágrimas los pies, y a ungirlos con el ungüento precioso. Los ungía con el ungüento y los besaba.

Y el fariseo Simón pensaba entre sí, por Jesús: «Si fueses profeta conocerías que esta mujer es pecadora y la echarías de ti».

Pero Jesús, leyendo su idea, le recriminó, contándole la parábola de los dos deudores y poniendo sobre su virtud y su vanagloria el amor de la pecadora.

Y cuando ella hubo ungido los pies de Jesús con el costoso ungüento, se levantó sin alzar los ojos y sin haber mirado el semblante del Maestro, porque se creía indigna de mirar al Hijo de Dios. Y se marchó dejando la casa llena con el olor de nardo de Arabia.

Pero grande amargura entró luego en el corazón de Jesús, porque algunos de sus discípulos dijeron: «¿Por qué no se ha vendido ese ungüento y del dinero se hizó limosna a los pobres?»

Entonces Jesús les enrostró la sequedad de sus almas, diciéndoles:

—A los pobres siempre les tendréis con vosotros. Pero no a mí. Esta, pues, me ha

ungido con sus lágrimas para la sepultura.

Y no volvió a verla, y de todas las mujeres que halló en su camino, a ninguna amó tanto como a ésta.

VIII

No me lloréis a mí

El Cirineo había tomado la cruz de sobre los hombros de Cristo. Y Cristo se levantó, y siguió andando en el día de sus tinieblas, rodeado por la multitud. Llevaba túnica de grana y bajo sus cabellos corría la sangre, rayando su cara. Ningún hombre, en la multitud, lloraba por El, ni aquéllos que lo habían saludado con palmas alegres, y hosannas, a su entrada en Jerusalén. Ninguno de sus discípulos estaba cerca de El, en la hora del espanto.

Pero algunas mujeres le seguían con largo lamento, y le lloraban. Y como Jesús las oyera, consuelo de dulzura entró en su desamparo y alivió su congoja. Y sobre las cabezas de la multitud vió incorporarse, también, el lirio resucitado en la casa de Jairo.

Entre las mujeres que le seguían estaba María la de Bethania, hermana de Marta y de Lázaro. Jesús recordó cuando ella, a la hora de la tarde, se sentaba a sus pies para oirle, mientras el sol bermejo se rompía entre las hojas de la viña y doraba el camino y el muro de Jerusalén. Y su piedad por ellas fué más fuerte que los espantos de su agonía. Por eso su espíritu las miró en medio de las tinieblas de su hora. Y les dijo:

—No me lloréis a mí, pero llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos.

Y entre aquellas mujeres andaba sin levantar los ojos, la que había roto el alabastro en la casa del fariseo Simón. Pero lloraba sin lamento, porque no se creía digna de que Jesús conociera su dolor. Y Jesús, como la sangre corría sobre sus ojos, no pudo ver a la que lo había ungido para la sepultura, a la que más amó.

CARLOS ALBERTO LEUMANN.

Balada del mar no visto, ritmada en versos diversos

A GREGORIO CASTAÑEDA ARAGÓN.

No he visto el mar.

Mis ojos
—vijías horadantes, fantásticas luciérnagas;
mis ojos avizores entre la noche; dueños
de la estrellada comba,
de los astrales mundos;
mis ojos errabundos
familiares del hórrido vértigo del abismo;
mis ojos acerados de viking, oteantes,
mis ojos vagabundos
no han visto el mar...

La cántiga ondulosa de su trémula curva
no ha mecido mis sueños,
ni oí de sus sirenas la erótica quejumbre,
ni aturdió mi retina con el rútilo azogue
que rueda por su dorso...
Sus resonantes trombas,
sus silencios, yo nunca pude oir...:
sus cóleras ciclópeas, sus quejas o sus himnos,
ni su mutismo impávido cuando argentos y oros
de los soles y lunas, como perennes lloros
diluyen sus riquezas por el glauco zafir...!

Ni aspiré su perfume!

Yo sé de los aromas
de amadas cabelleras...
Yo sé de los perfumes de los cuellos esbeltos
y frágiles y tibios,
de senos donde esconden sus hálitos las pomas
preferidas de Venus!
Yo aspiré las redomas
donde el Nirvana enciende los sándalos simbólicos,
las zábilas y mirras del mago Zoroastro...
Mas no aspiré las sales ni los ïodos del mar!

Mis labios sitibundos
no en sus odres la sed
apagaron:
no en sus odres acerbos
mitigaron la sed...

Mis labios, locos, ebrios, ávidos, vagabundos,
labios cogitabundos
que amargaron los ayes y gestos iracundos
y que unos labios—vírgenes—captaron en su red!

Hermano de las nubes
yo soy.
Hermano de las nubes,
de las errantes nubes, de las ilusas del espacio:
vagarosos navíos
que empujan acres soplos anónimos y fríos,
que impelen recios ímpetus voltarios y sombríos!
Viajero de las noches
yo soy.
Viajero de las noches embriagadoras; nauta
de sus golfos ilímites,
de sus golfos ilímites, delirantes, vacíos,
—vacíos de infinito..., vacíos...—Dócil nauta
yo soy,
y mis soñares derrotados navíos...
Derrotados navíos, rumbos ignotos, antros
de piratas... ¡el mar!...

Mis ojos vagabundos
—viajeros insaciados—conocen cielos, mundos,
conocen noches hondas, ingraves y serenas,
conocen noches trágicas,
ensueños deliciosos,
sueños inverecundos...
Saben de penas únicas,
de goces y de llantos,
de mitos y de ciencia,
del odio y la clemencia,
del dolor
y el amar...!

Mis ojos vagabundos,
mis ojos infecundos...:
no han visto el mar mis ojos,
no he visto el mar!

LEÓN DE GREIFF

(Del tomo *Tergiversaciones*.
Primer mamotreto. 1915.1922. Bogotá, 1925)

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica